

LA VIOLENCIA COMO EXPERIENCIA

(O EL *PELEAR* EN LAS
BARRAS ARGENTINA)

NICOLÁS CABRERA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

VIOLENCE AS AN EXPERIENCE. OR *FIGHTING* IN
THE ARGENTINEAN *BARRA*

PALABRAS CLAVES: violencia | experiencia | fútbol
KEYWORDS: violence | experience | football

RECIBIDO: 14/5/21
ACEPTADO: 20/7/21

Resumen

Las siguientes páginas pretenden ser un aporte a las discusiones en torno al fenómeno de "la violencia" en general y las *peleas* de las "barras bravas" argentinas vinculadas al fútbol masculino en particular. Para ello, tomaré el caso de la *barra* del Club Atlético Belgrano de Córdoba autoidentificada como *Los Piratas*. Las comparaciones en torno al *pelear* se basan en tres modos generacionales. Reconstruyo una periodización nativa fundada en testimonios de varios miembros de *Los Piratas* que corresponden a diferentes momentos históricos. El artículo se estructura, entonces, a partir de una superposición interactiva de los siguientes procesos: las dinámicas de las *peleas*, sus condiciones de legitimidad, la estructura organizativa del colectivo y el peso relativo que dicha vivencia ocupa en cada generación. Al final del texto se propone pensar al *pelear* en tanto experiencia, es decir, como un saber, una vivencia y un testimonio que jerarquiza iguales e identifica diferentes.

Abstract

The following pages are a contribution to the discussions on the phenomenon of "violence" in general and the fights of the Argentinean "barras bravas" linked to men's football in particular. To this end, I will take the case of a group of fans known as "Los Piratas" (The Pirates), who are "la barra" of the "Club Atletico Belgrano de Córdoba". Comparisons relating to the experience of fighting are based on three generational modes. A native periodization is reconstructed based on testimonies of several members of the "La barra de Los Piratas" corresponding to different historical moments. The article is organized on the basis of an interactive overlap of the following processes: the dynamics of the fights, their conditions of legitimacy, the organizational structure of the group and the relative weight this experience occupies in each generation. At the end of the text, fighting is proposed to be considered as an experience, that is, as knowledge, an event and a testimony that ranks people equally and identifies those that are different.

*Cuando los amigos se entienden bien entre ellos,
Cuando los amantes se entienden bien entre ellos,
Cuando las familias se entienden bien entre ellas,
Entonces nos creemos en armonía.
Engaño puro, espejo para alondras.
A veces siento que entre dos que se rompen la cara a trompadas
hay mucho más entendimiento que entre los que están ahí mirando desde afuera*
—Julio Cortazar, capítulo 46, *Rayuela*

El admisible encanto de la(s) violencia(s)

Paradójica. Repulsa y seduce. Honra y degrada. Profana y redime. En esa ambivalencia parece descansar el encanto de la violencia. Los escritos sobre *barras*¹ argentinas vinculadas al fútbol—más conocidas como “barras bravas”—dan sobradas muestras de aquello. Todos han sucumbido ante el fetiche de los golpes. Un primer ejemplo lo encontramos en textos que combinan una mirada economicista y criminalizante del fenómeno. Estas investigaciones, académicas y periodistas, ven a las *barras* como “brazos armados” u “organizaciones criminales” (Sain y Rodriguez Games, 2014: 236) cuyo rasgo principal es “la búsqueda de la ganancia económica como motor de acciones y enfrentamientos” (D’Angelo, 2011: 55). El enfoque tiene el mérito de reconocer una racionalidad en las prácticas violentas. Se entierran las explicaciones genéticas o animalizantes. Hay motivos y condiciones socialmente construidas. Ahora bien, la

¹ Apelo a la noción de *barra* porque es como se autoidentifican mis interlocutores pertenecientes a dichos grupos. Rechazo el epíteto de “barras bravas” por la fuerte carga estigmatizante y condenatoria que conlleva la adjetivación. Cuando hable en femenino—*la/s barras*—me refiero al colectivo, cuando escribo en masculino—*el/los barras*—remito a su(s) miembro(s). El empleo de la *cursiva* se reserva para testimonios o categorías de mis interlocutores.

única racionalidad posible es la propia de un *homo economicus* abstracto que mediante un cálculo de costo-beneficio obtiene, o espera obtener, ganancias materiales. Además, definir a las barras como “organizaciones criminales” o “mafias” y a sus miembros como “delincuentes” o “violentos” confunde fenómenos, funda estigmas y obtura sentidos. Cuando el investigador social da lugar al emprendedor moral no se comprende, se juzga. Y allí la noción de “violencia” se torna más acusatoria que descriptiva.

Como reacción al enfoque anterior, desde el seno académico surgieron investigaciones que buscaban comprender a la violencia desde la perspectiva nativa de los *barras*. Nos referimos a los primeros trabajos agrupados en torno a la noción de “aguante” (Alabaces, 2004; Garriga Zucal y Moreira, 2006; Gil, 2007). *El aguante* es una categoría práctica- moral (Alabarces, Garriga Zucal y Moreira, 2008) que prescribe un “deber ser” que orienta la conducta en términos de lo que está “bien” y está “mal”. En esta moralidad, se valoran positivamente los enfrentamientos cuerpo a cuerpo. Ser competente para los *combates* conlleva una doble acumulación: al interior de *la barra* es sinónimo de respeto, orgullo, admiración o autoridad; para el “afuera” implica tener un capital valorado socialmente susceptible de ser intercambiado en otras redes de reciprocidad (Garriga Zucal, 2007) o mercados, tanto formales como informales. Desde esta mirada, los usos de las violencias—ahora en plural—protagonizadas por las *barras* de fútbol no solo generan ganancias materiales o económicas, también permiten obtener botines simbólicos. Se agrega la búsqueda de reconocimiento y la afirmación de identidades,

nuevas dimensiones que dinamita el determinismo economicista del primer enfoque.

Aunque la segunda línea interpretativa representa una contundente superación de la primera, creo que ambas comparten algunos puntos ciegos sobre la relación entre *barras* y violencia(s): *A)* Se apoyan en un *a priori* de la práctica violenta. Suponen actores que siempre buscan algo—sea económico o simbólico—por intermedio de la violencia. Lo dicho condensa, al menos, dos problemas. Por un lado, parten de un actor cuya acción está orientada por un motivo fundamental o auténtico que precede a todo tipo de socialización. No se muestra cómo esos motivos, que siempre son plurales, se construyen en contextos de interacción propios de la vida cotidiana de la *barra*; por el otro lado dotan a la acción de un carácter teleológico donde la violencia siempre aparece como un “medio” o un “recurso” y nunca como una experiencia en sí misma. El trasfondo es la imputación de un déficit: por medio de la violencia se busca lo que falta. *B)* Ambas lecturas no parecen otorgarle un justo peso explicativo a las sensualidades y emocionalidades propias de la experiencia violenta. Hay una violencia “sobreintelectualizada”. La emoción se relega al olvido o, peor aún, a un lugar distorsivo. Es necesario indagar en los que Katz (1988: 5) llama la “dinámica sensual” de la transgresión. La violencia también puede ser goce, placer, erotismo o entretenimiento. *C)* Falta una perspectiva diacrónica y comparativa que dé cuenta de las complejas, heterogéneas y contingentes dinámicas de las violencias. Las *barras* existen en nuestro país desde, al menos, la década del sesenta del siglo pasado. Una lectura estática es tan inviable como estéril. Hay que dar cuenta de las

reconfiguraciones de las violencias. Y la heterogeneidad no solo discurre con el tiempo, también varía según los protagonistas y muta según el territorio estudiado. No todos los miembros de la *barra* viven esas experiencias de la misma manera ni se comportan igual en cada escenario por el que transitan. Reintroducir la pluralidad, historicidad y multiespacialidad de las violencias emerge como imperativo en el actual estado del campo. D) Hay una noción de violencia demasiado amplia que lleva a una “inflación retórica” del concepto: “lo que gana en alcance lo pierde en poder explicativo” (Noel y Garriga, 2010: 2). “La violencia de las barras” va desde un cántico homofóbico hasta un homicidio con arma de fuego. Sintetizar esa amplitud en un solo término estorba metodológica y epistemológicamente. Y no alcanza con pluralizar el concepto si después mutilamos esa heterogeneidad en un único principio rector. En otras palabras, poco sirve hablar de la(s) violencia(s) si después todas ellas se resumen en una categoría omnipresente como la de *aguante*. Necesitamos, entonces, sobre los cimientos más sólidos de nuestros antecedentes, construir nuevas redes conceptuales que nos permiten arrojar luz sobre los puntos ciegos que hoy ensombrecen a la compleja relación entre violencia(s) y *barras*.

Las siguientes páginas son un aporte a las discusiones en torno a las “violencias de las barras bravas” al mismo tiempo que nos aproximan al horizonte más amplio que indaga en los procesos de adhesión y formación de estos colectivos. Para ello, tomaré el caso de la *barra* del Club Atlético Belgrano² de Córdoba que se autoidentifica

² Fundado el 19 de marzo de 1905, El Club Atlético Belgrano es una de las entidades deportivas y sociales de mayor peso en la provincia de Córdoba, región céntrica de la República Argentina.

como *Los Piratas*³. Se trata del colectivo en el que desarrollé una investigación etnográfica de más de siete años—entre el 2011 y el 2018—materializada en mi tesis de doctorado en Ciencias Antropológicas de la Universidad Nacional de Córdoba (Cabrera, 2019). Mi experiencia etnográfica consistió en acompañar y registrar—mediante observación participante y entrevistas semi-estructuradas—las experiencias de los miembros de *Los Piratas*, tanto cuando acompañaban al equipo profesional masculino de fútbol los días de competición como en otras situaciones cotidianas que no tenían a *la cancha* como epicentro. También se apeló a fuentes secundarias como recortes de la prensa gráfica, registros fotográficos y datos estadísticos.

Lo que sigue es un texto diacrónico y comparativo estructurado sobre “una categoría abarcativa” (Barth, 2000: 188) que permita incluir, cotejar y contrastar “dimensiones de variación” (*Ibid.*: 193). En mi caso, esa noción es la de *pelear*—y sus sinónimos *bronca*, *combate*, *batalla* o *quilombo*—una de las principales categorías nativas con la que los miembros de *Los Piratas* nombran algunas experiencias violentas propias del *estar con la barra*. Por *pelear* se entiende, fundamentalmente, a los enfrentamientos consensuados o a las agresiones unilaterales mediadas por el uso de la fuerza física—con empleo de armas o no—que protagonizan los miembros de *Los*

³ *Los Piratas* se fundan el 9 de julio de 1968. Desde entonces se han identificado bajo el mismo nombre a pesar de sucesivos recambios generacionales, trocas de líderes, mutaciones de organigrama y un sinfín de conflictos violentos tanto internos como externos. Siempre han sido un grupo organizado de hinchas cuya principal función es la de *alentar* al equipo de fútbol profesional masculino de Belgrano. En la actualidad oscilan entre los 400 y 1000 miembros y se subdividen en grupos representados por diferentes barrios de la ciudad bajo un liderazgo unipersonal. Todos los miembros grupalmente reconocidos son varones. Las edades van desde los 15 hasta los 65 años aproximadamente (Cabrera, 2019).

Piratas, de manera individual o colectiva, contra otros actores que ellos definen como alteridades según un espacio y tiempo determinado. Esas alteridades también pueden incluir a otros miembros de la misma *barra*.

Una aclaración fundamental: ni todas las violencias que protagonizan los *barras* son *peleas*, ni todas las *peleas* son protagonizadas por los *barras*. Algunos miembros de *Los Piratas* también rompen alambrados, insultan, aprietan, discriminan, amenazan o saquean, es decir, participan de otras prácticas que también podrían ser consideradas como violentas. Aquí no voy a omitirlas, solo que serán tomadas en cuenta en la medida en que contribuyan a comprender la complejidad de la experiencia que mayor importancia tiene para el artículo, la de *pelear*. Por otro lado, cabe remarcar, que todas las prácticas violentas citadas anteriormente, incluida *pelear*, no son patrimonio exclusivo de las *barras*. El resto de los actores del campo futbolístico como jugadores, dirigentes, cuerpos técnicos, periodistas, policías o público en general también se comportan violentamente.

¿Por qué centrarnos exclusivamente en un tipo de violencia específica? Primeramente, porque las *peleas* son una experiencia que existe desde los orígenes mismos de la *barra* hasta la actualidad. La perpetuidad en el tiempo nos invita a historizarla. Además, los enfrentamientos cuerpo a cuerpo mediante la violencia física ocupan un lugar fundamental en los procesos de adhesión a las *barras* argentinas. Las multiplicidades de violencias están nativamente jerarquizadas y, en aquel "ranking", *pelearse* ocupa un lugar privilegiado. Finalmente, porque se trata de un tipo de violencia

relativamente sencilla de identificar como tal dada su definición restrictiva. La potencialidad metodológica está en que una agresión "práctica", "visible", "física" y "direccionada" (Riches, 1988: 13) es "altamente perceptible por medio de los sentidos" (*Ibidem.*: 28). La fecundidad epistemológica radica en que no se trata de una definición demasiado distante del uso corriente que la noción de "violencia" tiene para vastos sectores de la sociedad, incluidos mis interlocutores.

Las comparaciones planteadas en torno al *pelearse* basan en tres periodos o modos generacionales⁴. Reconstruyo una periodización nativa fundada en testimonios y vivencias de algunos miembros de la barra que corresponden a diferentes momentos históricos. Todos ellos han ocupado lugares importantes en el organigrama pirata. En y entre cada generación se comparan una serie de variables que hacen a las dinámicas del *pelear*. El artículo se estructura, entonces, a partir de una superposición interactiva (Geertz, 2006: 53) de los siguientes procesos: 1) Las dinámicas de las peleas. Pretendo describir las características que tienen los enfrentamientos a los que refiere cada una de las generaciones: espacios, temporalidades, medios empleados, niveles de letalidad y alteridades construidas para *pelear*. 2) Las condiciones de posibilidad para que esas peleas tengan lugar. Aquí surge la pregunta por los diferentes mecanismos con los que se legitiman esas peleas y no otras. Indagaré en cuáles violencias se aceptan y cuáles no y en cómo se representa a la otredad con la que

⁴ Son tres "generaciones sociales" en el sentido empleado por Gérard Mauger (2013). En cada una de ellas no solo hay una simultaneidad cronológica ligada a una matriz etaria, también hay "una determinada manera de sentir y pensar" (*Ibid.*: 132) compartida por diferentes sujetos donde intervienen "marcos de socialización" y "experiencias vividas" (*Ibid.*: 135) comunes y propias de un mismo "acontecer colectivo" (*Ibid.*:132).

se pelea. También discutiré los claroscuros de la noción de aguante. 3) Entendiendo cómo se da el proceso de adhesión de los miembros de *Los Piratas* a su colectivo de pertenencia, no solo trazaré una mínima historiografía social de dicho grupo atendiendo a su estructura organizativa, sino que habilitaré la comprensión del peso relativo que ocupa el *pelear* en cada generación analizada y en la dinámica más amplia del devenir pirata. Al final del texto se encontrarán con un argumento que propone pensar al *pelear* en tanto experiencia, es decir, como un saber, una vivencia y un testimonio sedimentado históricamente que opera jerarquizando iguales e identificando diferentes.

Restan algunas salvedades metodológicas. Las "historias" de una *barra* de fútbol se nos presenta a partir de retazos e imágenes que dan lugar a un saber fragmentario. Más aun cuando hablamos de procesos históricos, transformaciones sociales y trayectorias vitales vinculadas a la violencia y la trasgresión, temáticas de gran peso condenatorio y moral (Kessler, 2013; Cozzi, 2020). Frente a esto, las vías de reconstrucción son, por un lado, las fuentes orales de los protagonistas que más que evidenciar "acontecimientos", construyen "significados" (Portelli, 1991: 42); y, por el otro lado, las fuentes escritas que son "doblemente indirectas: en tanto que *escritas* y en tanto que escritas por individuos vinculados más o menos abiertamente a las clases dominantes" (Ginzburg, 2001: 4). De ahí que el artículo se alimente de la oralidad propia de las entrevistas etnográficas o los cánticos, pero también de los "datos" o "informaciones" producidas por la cultura letrada en formato de noticias, bibliografía, estadísticas o informes policiales. Además, obviamente, de la larga e intensa

observación participante que protagonicé. El objetivo es, entonces, proponer nuevos ensambles de lo aparentemente inconexo.

Primera generación (1968-1984)

Los orígenes de *Los Piratas* se reconstruyen con fragmentos de una historia oral siempre incompleta, cambiante y disputada. El único consenso inapelable es que *la barra* se funda el 9 de Julio de 1968 en el barrio de Alberdi. A partir de allí, *la historia* se bifurca en caminos entrecruzados y contradictorios. Un claro ejemplo es el origen del nombre. Hay tantas versiones como narradores, pero hay una que parece tener más peso que otras. La oí de tres miembros de *Los Piratas del 68*, como se los conoce a la primera generación de la *barra*. La legitimidad de la historia no solo descansa en la autoridad de los interlocutores, también se debe a que se enmarca en una experiencia que, tanto ayer como hoy, se reconoce constitutiva del colectivo. En la versión más aceptada, *Los Piratas* nacen *peleando* en 1968 en un partido contra Sportivo Belgrano en San Francisco. Por su vehemencia para el *combate* más algunos saqueos en la ruta durante el viaje, la *barra* del Club Atlético Belgrano será identificada por propios y ajenos como "Piratas del asfalto".

Quien me cuenta todo esto es Roberto. Tiene 73 años y es uno de los *fundadores* de *Los Piratas*. Cuenta que *siempre fue de Belgrano*, por su *viejo* que lo lleva a jugar en las inferiores del club a los 12 años; por su *hermano* con quien comparte *el sentimiento*; por sus *amigos* con los que frecuenta la cancha desde temprana edad; y por su *barrio*, Villa Páez, populosa barriada colindante a Alberdi. Parentesco, amistad y territorio. Una tríada recurrente entre los

entrevistados a la hora de narrar el origen de *la pasión por Belgrano*. Pero a la hora de referirse a la *barra*, en el caso de Roberto, la figura del padre se desdibuja a medida que el grupo de pares gana terreno. Será con *los amigos del barrio* con quienes Roberto funda, en 1968, la *barra* de *Los Piratas* que, paulatinamente, irá ganando fama de *peleadora*.

Roberto: ¡Cuando había guerra, había que pelear! Teníamos unas lanzas con unas puntas de acero así—unos 5 centímetros entre el pulgar y el índice ilustran un tamaño—y cuando venían los guasos... ta—hace un sonido de dolor al mismo tiempo que frunce la cara. Y caían como en las películas. ¡Uh! Hemos hecho cagar un montón. Pero siempre con punta y manos, nada de esto—imita un revolver con su mano derecha—disparos nada.

Nicolás: ¿Y generalmente peleaban contra otras barras? ¿Contra la policía?

Roberto: ¡con la policía! con los san juaninos, en Santiago, Tucuman, contra otros. ¡vos no sabes la pelea! Estábamos alentando a Belgrano, iba ganando 1 a 0 y nos entraron a cagar a pedradas de afuera los sanjuaninos. ¡Mierda! Y cuando salimos los corrimos como de acá hasta el río. Sabés el cagadón que le dimos... los agarramos a palos, se sentía ¡Ah!—Se ríe y sacude la mano—Y la cana venía por atrás. Le pegamos una cagada. ¡Así las pedradas que nos tiraban! Estábamos en la tribuna y venían las piedras y ahí hay que defenderse. Los corrimos a puntazos. Chuceamos un montón—grita y sonrío.

Nicolás: ¿y entre ustedes?

Roberto: ¿Qué pelearse? No, eso no—frunce la cara y ralentiza la velocidad de la voz. Ni cagarse a tiros afuera. Eso es de ahora, de ratas... nosotros no, ¡todos laburábamos! No había ningún choro. En cambio ahora hay ratas, droga. Si te pueden robar ahí en la tribuna, te roban. Nosotros nunca hicimos eso.

Cuando Roberto habla de las *peleas* se empapa de risas. En esa transmisión oral, *pelearse* se revive como una experiencia cómica. Al retornar al presente las emociones y los gestos mudan. Seriedad, lamento y nostalgia se imponen. Las fronteras temporales se hacen cuerpo y emoción, palabra y juicio. Roberto enaltece las *peleas* con *manos, palos, piedras y puntas de acero* propias del ayer, no así los *tiros* del hoy. Las armas de fuego son un límite. En su relato los rivales de turno son los hinchas de otros equipos, principalmente de otras provincias y la policía. Los escenarios son los estadios donde juega Belgrano o sus alrededores. Los momentos, los días de partido. No hay *peleas* internas ni robos, eso es de las *ratas de ahora*. Las hinchadas de los equipos cordobeses, los *clásicos rivales*⁵, no aparecen como contrincantes de los enfrentamientos. Con ellos la rivalidad no deviene, necesariamente, en enemistad. De hecho, muchos de *Los Piratas* de la primera generación dirán orgullosamente que los simpatizantes de Talleres, cuando ingresaban a la *cancha* de Belgrano para asistir el partido, pasaba por delante de ellos sin que

⁵ Los *clásicos rivales* de Belgrano son el Club Atlético Talleres y, en menor medida, Instituto Atlético Central Córdoba. Ambos clubes son de la ciudad de Córdoba.

se produjera algún tipo de enfrentamiento físico, *eran solo cargadas* agrega Roberto.

La convivencia relativamente pacífica entre hinchadas cordobesas se debe, en parte, a que en la época las rivalidades se estructuran más en términos de provincias que equipos. En la enciclopedia sobre el Club Atlético Belgrano escrita por Gustavo Farias (2015) hay innumerables ejemplos, en crónicas o fotos periodísticas, sobre cómo, hasta la década de los setenta aproximadamente, hinchas de Talleres y Belgrano se mezclan para alentar a ambos equipos cuando juegan contra rivales de otras provincias. Será recién con la llegada de los ochenta que se empiezan a registrar operaciones de estigmatización al *clásico* rival que es tildado de *gallina* por su hipotética cobardía⁶. Así lo demuestra un cántico entonado por aquellos años: *Milanesa, milanesa, milanesa, milanesa, me parece que Talleres es la gallina cordobesa*.

Polaco: Era todo tan democrático, Nicolás... era todo tan democrático... no como ahora que parecen bestias, se llevan todo por delante. ¡Se votaba! Se votaba, se hacía una lista sobre quién podíamos elegir de presidente. Y nosotros votábamos. El flaco Mario Cardozo estuvo un montón de tiempo, como dos o tres periodos estuvo, era un... no era un grandote, un oso, un monstruo... ¡No! Era

⁶ El mote de *gallina* se origina tras una final por el torneo Nacional que juegan Talleres contra Independiente de Buenos Aires en la cancha del equipo cordobés. En aquel partido, el equipo visitante empata al local faltando 7 minutos para el final con 3 jugadores menos y se consagra campeón. Para la mayoría de los hinchas de Belgrano, el equipo de Barrio Jardín demuestra *ser gallina* por “perder” en su *cancha*, con superioridad numérica de jugadores, en un partido clave y en los últimos minutos del partido.

un flaquito que no le hacía mal a nadie ni le pegaba a nadie, ni ofendía a nadie. Era una dulzura de tipo... ese era el presidente de Los Piratas.

El Polaco es otro de los *fundadores* de *Los Piratas*. Nace en 1949. Su constancia en los partidos es una llave para *estar* con quienes, algunos años después, serán *Los Piratas del 68*, con los que se reúne en las previas de cada partido y en las reuniones semanales que ellos tienen en el Bar de Luna, un *boliche* debajo de la tribuna popular local del estadio, o en la *cantina* Zingarella ubicado a escasos metros de la cancha de Belgrano sobre la calle Arturo Orgaz. Al preguntarle sobre los comienzos de la *barra* me habla de *asambleas*, *estatutos*, *comisiones*, *rendiciones de cuentas* y *votaciones*. Hay un énfasis en el orden *democrático* de *Los Piratas* que encuentra un correlato en el primer testimonio de Roberto. En ambos, el *votar* es característico de *Los Piratas del 68*. El nombre de la *barra* es votado, sus primeros presidentes también. Las decisiones se consensuan en *reuniones* o *asambleas* y el resultado se consta en *actas*. Este lenguaje burocrático- formal responde a una lógica organizativa de la primera generación pirata. La *barra* se estructura sobre un organigrama de tipo asociación civil que emula la dinámica organizacional de la comisión directiva del club. Hay presidente, vicepresidente, secretarios, tesoreros y vocales, todos postulados y *votados* periódicamente en listas que la mayoría de sus protagonistas recuerdan como *únicas*, es decir, sin oposición.

Hay una socialización y un criterio organizativo burocrático-formal que con el tiempo se ira desdibujando a medida que la *barra* se desplaza hacia la informalidad. Y este corrimiento sobrevuela en el

testimonio del Polaco que cuando recuerda, valora y diferencia. Lo dicho se cristaliza al hablar *del primer presidente de Los Piratas*. Tanto los mecanismos de su elección como las características de su persona y su corporalidad, operan en el relato del Polaco como una marca distintiva entre aquella primera *barra* y la actual. El *Flaco Mario Cardozo* es elegido por una *lista votada*. Y su autoridad no parece legitimarse en una corporalidad agresiva, apta para las *peleas*. No hay capacidad para *hacer el mal*, más bien hay *una dulzura de tipo*. En el *ahora*, por el contrario, *bestias, osos y monstruos* corporizan un presente signado por la fuerza y el autoritarismo. Desprovistos de humanidad *Los Piratas* del hoy son degradados en el mismo movimiento por el que los de ayer son enaltecidos. El consenso de la votación da paso a una prepotencia *que se lleva todo por delante*. Sin embargo, a la discontinuidad que traza el Polaco le subyace una persistencia: como ya lo afirmo Roberto, *Los Piratas del 68* también *pelean*:

Polaco: En la barra de Belgrano sí había peleas, sí, pero ir a provocar un desorden, una pelea no. Claro que si nos atacaban nos defendíamos. Acá en Belgrano nada que ver, no sé en la hinchada de Talleres, de Instituto, en otros equipos no sé, pero acá en Belgrano te digo ¡Los Piratas del '68 eran señores!, Señores... no robaban, no peleaban... por ahí, bueno, si alguno se ofendía, bueno, algún par de piñas había pero la barra de Belgrano, ir a provocar un desorden no, nos defendíamos por que había que defenderse, era una cuestión de amor propio, que te salía de adentro.

El Polaco no niega lo que afirma con titubeos. Reconoce a las *peleas*—niega *robos*—como experiencias vividas por *Los piratas del 68*. A la hora de justificarlas habla de una defensa, de una reacción ante eventuales ataques. Hasta aquí las similitudes con Roberto son evidentes. Pero también refiere a sus pares como *señores* y la violencia, ahora, se viste de género. En el último entrevistado—y en sintonía con otros interlocutores aquí no citados—las *peleas* asoman como experiencias legitimadas en nombre de un tipo de masculinidad que ante un ataque físico se siente interpelado en su honor: hay una defensa producto de una ofensa. Honor y masculinidad convergen en la categoría de *amor propio*. Jonh Campbell encuentra en la noción de “amor propio” una imagen de “yo ideal” (Campbell, 1968: 135) que ciertos varones construyen como horizonte moral que rige la conducta. Su contra cara es la vergüenza. *Pelearse por amor propio* es digno de varones de honor, lo contrario sería una vergonzosa deshonra. Las *peleas* son rituales de masculinidad en las se pone en juego toda una reputación, tanto individual como colectiva.

Al igual que Roberto, El Polaco reniega del uso de *armas de fuego* aunque no suceda lo mismo con las armas blancas: el primer entrevistado las reconoce, el segundo las niega. Pero la operación de diferenciar “el pasado” del “presente” por los medios empleados en los *combates* se mantiene. El Polaco se enorgullece de haber vivido *brincas a trompadas limpias* en clara oposición a un *ahora* que estaría dominado por *balas y cuchillos*. En este personaje, las *peleas* valoradas son, entonces, localizadas, contingentes, de baja letalidad y condicionadas por emociones contextuales, es decir, en palabras del Polaco, *brincas del momento que quedaban ahí*.

En suma, en esta primera generación se reconocen *peleas* sin que se trate de una práctica que determine la dinámica interna de *Los Piratas*. De hecho, cuando a ambos les pregunté cuál era su mayor contribución a la *barra* de esa época, Roberto mencionó su velocidad para *tipear las actas de las reuniones* y su dominio del *bandoneón para animar* esos mismos encuentros; El Polaco, por su parte, mencionó su capacidad para *mover gente* y su constante presencia *en todas las reuniones*. Es decir, en ningún caso hay algún tipo de referencia a las *peleas* como atributo distintivo.

En un colectivo reglado por mecanismos y normas formales, las jerarquías y las sucesiones tienen vías de resolución alternativas al *pelear*. Las prescripciones burocráticas se acompañan de preceptos morales que condenan las agresiones físicas, ya sean peleas o robos, entre hinchas de Belgrano. Esto no quiere decir que ambas prácticas no existan. *Los Piratas del 68*, como cualquier grupo humano, transgreden las normas en las que creen. Sin embargo, queda claro que, comparativamente con las generaciones venideras, las peleas entre *Piratas* no son el principal mecanismo para dirimir los conflictos internos. Los clásicos rivales, como Talleres o Instituto, son adversarios con los que se pueden convivir en estadios que todavía no conocen de grandes dispositivos de seguridad. Cierta identidad cordobesa y cierta enemistad con otras provincias hace que *piratas y matadores*—apodo para los hinchas de Talleres—puedan estar juntos en una misma tribuna. Cuando se enfrentan entre ellos hay otro tipo de violencia, más vinculada a las agresiones verbales. Será ésta primera generación la que inaugura el estigma de *gallina* para Talleres entre finales de los setenta y principio de los ochenta.

Las peleas son fundamentalmente contra la policía e hinchadas de otras provincias o ciudades de Córdoba. Las enemistades se identifican más por una geografía nacional que por *barras* o clubes. Las peleas contra otros hinchas son localizadas y contingentes, sin prolongación más allá de *una bronca del momento* que generalmente se da los días de partido. Se justifican como la respuesta a una agresión sufrida, nunca como un ataque iniciado. La referencia espacial son los interiores de los estadios de fútbol y, en menor medida, las adyacencias. El propio cuerpo es el principal recurso empleado para pelear, aunque las armas blancas aparecen intermitentemente. Hay un amplio consenso en esta primera generación sobre la negativa a usar armas de fuego. No hay registros ni testimonios conocidos por mí sobre una muerte protagonizada por *Los Piratas del 68*. Parece haber una importante frecuencia de peleas con baja letalidad.

Segunda generación (1984-2008)

El 7 de marzo de 1984 hay una *pelea* entre *barras* de Belgrano e hinchas de Atlético Tucumán en la tribuna *visitante* del Estadio "Monumental José Fierro", donde el segundo equipo hace de local. El saldo es una víctima fatal: "Francisco Arturo Perez, tucumano, de 24 años, muere por una herida de arma blanca" dirá el diario *La Gaceta* de Tucumán en su edición del lunes 9 de abril de 1984. La *bronca contra Atlético*, es fundamental en la historia y la memoria de varios *piratas*, sobre todo en aquellos que peinan canas. Es el primer registro de una muerte protagonizada por la *barra* tras una *pelea* en los estadios de fútbol. Es el acontecimiento fundacional de una era que

se inaugura en los ochenta y se extiende, más o menos, hasta finales de la primera década del siglo XXI. Un período donde se modifican las dinámicas de las *peleas*.

Hay un creciente nivel de violencia letal en relación a la época anterior. Se mata y se muere más—o al menos se incrementa la capacidad para registrar esas muertes. Los escenarios principales de las *peleas* siguen siendo los estadios de fútbol. Sin embargo, aumentan los enfrentamientos en las adyacencias de las *canchas* o en los *viajes de visitante*. Los días de partido siguen siendo la referencia temporal fundamental. Los adversarios comienzan a identificarse menos con nociones generales como *rosarinos*, *tucumanos* o *santafesinos*. Ahora los “enemigos” son las *barras* de otros equipos: *La 12 de Boca*, *la barra de Newells*, *la barra de Chicago*, etc. Se instala como principio rector de las reciprocidades entre *barras*—donde claramente las *peleas* son un intercambio fundamental— el “síndrome de beduino”: “el amigo de un amigo es un amigo, el enemigo de un enemigo es un amigo; el amigo de un enemigo es un enemigo; en enemigo de un amigo es un enemigo” (Dunning, Murphy y Williams, 1992: 308). La relación entre los equipos cordobeses y los tucumanos es una muestra clara de esta máxima. La *barra* de Belgrano construye una férrea amistad con la de San Martín de Tucumán. Por el otro lado, los clásicos rivales de los equipos anteriormente citados hacen lo mismo, la *barra* de Talleres se torna *amigo* de la de Atlético Tucumán. Entre ambos polos la enemistad es letal, muestra de ello no solo es el asesinato del hincha de Atlético ya narrado, sino también las muertes

de dos hinchas de Talleres el 17 de marzo de 1993 causada por hinchas de San Martín⁷ tras un partido disputado entre ambos equipos.

En la estructura organizativa de la *barra*, se observa un paulatino desdibujamiento de aquel esquema fundacional que emula una asociación civil burocratizada. Hay un progresivo corrimiento a lo informal. Esto se da por varias razones, pero entre ellas se destaca la progresiva criminalización de las *barras* por parte de la naciente legislación en la materia, concretamente la normativa 23.184 más conocida como “Ley de La Rúa”; y por el creciente pánico moral que los medios de comunicación van construyendo sobre dichos colectivos. Vale recordar que desde el retorno de la democracia comienzan a registrarse los mayores índices de víctimas fatales vinculados al fútbol nacional (Cabrera, 2019).

Lo cierto es que, en esta segunda generación, una *barra* de derecho da lugar a otra de hecho. Ya no hay *presidente*, hay *referente* o *capo*. Las *reuniones* reemplazan a las *asambleas*. No se *consta en actas*, se exigen *códigos*. Las *filiales* se tornan *grupos* o *bandas*. Un organigrama burocrático- formal con roles institucionalizados va dando lugar a un colectivo signado por la heterogeneidad de grupos, facciones y liderazgos que, aún identificados bajo el nombre de *Los Piratas*, no están exentos de conflictos internos y reconfiguraciones permanentes. Esta nueva estructura deviene en una intensificación de enfrentamientos internos entre facciones o grupos de *Los Piratas*. Existe, en esta época, una dispersión de la *barra* que la asemeja a un archipiélago de grupos organizados en torno a divisiones territoriales

⁷ Javier Ramón Angulo (35 años) fue muerto tras una apuñalada en el cuello. Hernan Roque Villarreal (17 años) murió al recibir un disparo en la cabeza.

y lealtades personales. Los grupos son identificados por barrios de la ciudad de Córdoba o líderes. Para mi trabajo resulta fundamental esta mutación ya que el desdibujamiento normativo de antaño desplaza los viejos mecanismos formales empleados para la resolución de conflictos y la legitimación de las jerarquías. Como contrapartida se incrementa la importancia de vías informales, entre ellas *la pelea*, para dirimir las tensiones reinantes en la *barra*. En otras palabras, ya no *se vota* a quienes van a *manejar Los Piratas*, *la barra* ahora se gana peleando.

La estructura organizativa segmentada se mantiene, lo que cambia es la legitimidad sobre las que esas diferencias y desigualdades se asientan. En un contexto de creciente violencia lesiva y letal y de emergencia de mecanismos informales para la resolución de los conflictos, (saber) *pelear* se erige como una de las principales experiencias que van a configurar lo(s) procesos de adhesión de *Los Piratas* entre mediados de los ochenta y el comienzo del nuevo siglo. Ya vimos que la experiencia de *pelearse* está presente en el mismo germen de la *barra*, la novedad está, ahora, por un lado, en algunas prácticas, representaciones, moralidades y emociones asociadas a ella, como así también en el peso relativo que esta experiencia adquiere dentro de las vivencias valoradas grupalmente.

Carlos: La banda de la Bajada era un bandón de la concha de su madre, muy respetada, los vagos tenían en mente solamente pelear, pelear, pelear... no había cabeza de grupo. Un descontrol. Nosotros éramos, más o menos, cincuenta monos que se paraban los cincuenta... nos juntábamos y era moco...bardo, bardo. Yo, en esa

época era un *barderazo* bárbaro. Tenía veinte y pico de años, por eso te digo, todo tiene su ciclo. Si vos me decís ahora, yo ahora no me chupo, no me drogo, nada, nada, de nada. Pero antes, de los trece hasta los... cuarenta y pico, he chupado, he choreado, he tomado merca, he sido un loco de la guerra bárbaro (...) pero también la cancha era así, no sé, era otra época...era un bardo viste, nada que ver ahora.

Carlos es un personaje con una trayectoria tan larga como ecléctica en *Los Piratas*. Se acerca a la *barra* en la década de los ochenta con *La Banda de la Bajada*—referencia a villa La Bajada, asentamiento próximo al registro civil del barrio de Alberdi. En aquellos años, Carlos se recuerda como un *barderazo*. Además de un atributo personal, *el bardo* se entiende como una dinámica grupal en el marco de una *barra* fragmentada en un archipiélago de pequeños núcleos que a la hora de presentarse no remiten a una identidad global o a un único líder absoluto, como sí lo hacían *Los Piratas del 68* y, como veremos posteriormente, también lo hace la *barra* actual. En Carlos hay *50 monos* del mismo barrio que sin *cabeza de grupo* tenían en mente solo *pelear*. También vemos que *el bardo* se extiende a toda *una cancha que es así*, a toda una *época* que opera como posibilidad. Lo que estoy tratando de decir es que el *bardo* aparece como una forma de sociabilidad (Kessler, 2010) propia de un periodo muy diferente al retratado por *Los Piratas del 68*. Ahora hay múltiples facciones, *sin cabeza de grupo*, con breve perdurabilidad en el tiempo, escasa cohesión, que enaltecen las *peleas* como experiencia deseada, planificada y con creciente letalidad, con alta tolerancia a

ciertas transgresiones, poco autocontrol individual y un fuerte desdibujamiento de los viejos criterios burocráticos- formales que ordenaban la *barra* de antaño.

Aunque reconoce que en *La Banda de la Bajada* no había autoridades claras, Carlos nos dice que fue ahí cuando *se hizo un nombre en la cancha: por mover gente, por ir siempre y por pelear*. El grupo se disuelve a mediados de los ochenta, época que coincide con el asesinato en Tucumán por el cual Carlos cae preso, según nos cuenta, por una foto que le saca la "Gaceta", el diario Tucumano, cuando *estaba separando. La foto se malinterpreta y me deja pegado*, me cuenta. Aquel episodio sirve para comprender el carácter ambivalente del *cartel*. La foto, por lo que Carlos dice, le vale cierto reconocimiento y prestigio al interior de la *barra* que capitalizará escalando posiciones, sin embargo, también *lo deja pegado*. Tiene inconvenientes legales, laborales y familiares. La criminalización legal y la estigmatización social que padece la segunda generación, va sedimentando una imagen de los *barras* como "criminales violentos" ante una audiencia ávida de noticias espectaculares. Ese *cartel* no tiene un valor a priori, sus usos dependen de cada situación y trayectoria. Sin embargo, lo que queda claro es que aquella etiqueta construida socialmente también tiene efectos concretos en los propios estigmatizados. La prensa no solo describe a los *barras*, también los prescribe.

La reputación de Carlos lo habilita a crear una nueva *banda* llamada *La 2004*, la cual es descripta de manera muy similar al grupo de *La Bajada*. Al cumplirse el año homónimo al grupo, nuevamente Carlos crea otra facción llamada *La 19 de Marzo* en la cual se

autoproclama como único líder hasta el periodo 2009-2010 cuando toda la facción es expulsada de la tribuna tras una ofensiva monopolizadora del grupo *Los Piratas Celestes de Alberdi*.

La trayectoria de Carlos en la *barra* tiene una doble movilidad que es sintomática del periodo iniciado a mediados de los ochenta: por un lado, hay un progresivo ascenso en los niveles jerárquicos de los distintos grupos que fue habitando. Para ello, saber *pelear* aparece como una experiencia fundamental para construir un *cartel* digno de respeto, reconocimiento y autoridad. Carlos asciende en el organigrama pirata porque demuestra *aguante* (Alabarces, 2004; Garriga, 2007; Moreira, 2005 y Gil, 2007). Sostiene con el cuerpo lo que afirma con la boca. Y para ello muestra pruebas: cicatrices y fotos. Ser reconocido como un legítimo poseedor—*tener aguante*—permite acumular prestigio, honor y respeto al interior de la *barra*. En consecuencia, *el aguante* hace de las *peleas* una experiencia que identifica, diferencia y jerarquiza. Obviamente no se trata del único atributo valorado, pero sin duda es imprescindible. Inclusive, gracias a su *peso en la cancha*, Carlos logra, en 1988, un puesto laboral en la municipalidad de Córdoba. La reputación de “barra brava” se torna un valor de cambio.

Pero, además, en Carlos, vemos un fluido desplazamiento lateral entre distintos grupos de *Los Piratas* que, así como nacen, se extinguen. Los grupos que forman la *barra* de esta segunda generación son *barderos*, por ende, no tienen muchas posibilidades de perdurar en el tiempo. Es esta inestabilidad organizativa lo que posibilita los múltiples desplazamientos horizontales de Carlos. Lo que quiero decir es que para entender el lugar que *las peleas* tienen

en esta segunda generación—y por ende la trayectoria de Carlos— hay que pensar relacionamente las nociones de *aguante* y *bardo*.

Carlos: hay un montón de cosas de las cuales yo me arrepiento, porque yo hice un montón de cagadas. El hecho de haber sido líder, qué se yo, también me llevó un poco a la mala fama que tuve en un momento... eh...nosotros hemos emboscado mucha gente (...) una vez en la cancha de Vélez, jugábamos con Chaca y nos mandan un mensaje los hinchas de Morón, que tengamos cuidado porque en una bajada nos iban a emboscar los de Chicago...nosotros se la habíamos dado a ellos y... así fue. Claro, que no pasamos por ahí, pasamos por otro lado.

En Carlos se legitiman algunas experiencias que en *Los Piratas del 68* están negadas como propias y condenadas como ajenas: *bardear* es *tomar merca* como consumo frecuente y abierto; es *hacer quilombo* en los traslados a la cancha; es *extorsionar a los jugadores* rompiendo sus autos; es *chorear*, es decir, robar. Lo que en Roberto y El Polaco son acusaciones degradantes, en Carlos se vuelven marcas de prestigio y respeto. *Las ratas* de los primeros son los *barderos* del segundo. El estigma se torna insignia. No se trata de un cambio meramente racional, hay toda una sensualidad transformada. En el *bardo* la transgresión se reviste de un fuerte contenido emocional (Katz, 1988). *Chupar*, *tomar merca*, *pelear*, *chorear*, *zamparse*, *extorsionar*, *echar moco*, *hacer quilombo*, son experiencias ligadas a la diversión y la excitación.

Carlos también vincula el *ser bardero* específicamente con las *peleas*, y la distancia con *Los Piratas del 68* se ensancha. Ahora, *pelearse* no necesariamente surge como respuesta a una ofensa; en esta segunda generación se las busca, se planifican, se desean. Además, nuestro interlocutor introduce dos cuestiones que al comienzo del apartado señalamos como propias del período iniciado en los ochenta: por un lado, la práctica de la *emboscada* en la que miembros de una *barra* planifican para tomar por sorpresa y así golpear y robar—banderas, camisetas, bombos—a integrantes de otras *barras*. Una violencia más organizada y premeditada que la de *Los Piratas del 68*. Al mismo tiempo, las *emboscadas*, reflejan el progresivo desplazamiento espacio-temporal de las *peleas*. Ellas generalmente se dan antes o después de los partidos y en los alrededores de los estadios. Por otro lado, en el relato de Carlos están presentes las dos lógicas principales que van a regular la dinámica de los enfrentamientos entre *barras* de este periodo, nos referimos al “síndrome beduino” ya nombrado y a la venganza. Es la *barra* de Morón—*amiga* de la de Belgrano y *enemiga* de la de Chicago—quien advierte de la *emboscada* que los segundos planificaban a los primeros. Iniciativa que parece ser una respuesta a una antigua *pelea* entre ambos grupos.

Es en esta segunda generación donde el matar y el morir violentamente son experiencias tan reales como posibles. La relación entre *pelea* y muerte es una referencia simbólica hasta ahora inédita para *Los Piratas*: no aparecía en canciones, ni testimonios o noticias. Aunque víctimas fatales registradas en los estadios del fútbol argentino existen desde hace un siglo—el primer registro es de

1922—en el caso de Belgrano se incorporan durante este periodo a las éticas, estéticas y retóricas del hinchar que los miembros de la *barra* enaltecen. Un advenimiento que coincide con los primeros homicidios que *Los Piratas* protagonizan como *barra* dentro de los estadios⁸. Se inicia así una etapa de estetización de las muertes propias y ajenas. Canciones, banderas, murales, humoradas, declaraciones, tatuajes, noticias o enfrentamientos, los muertos llegan para quedarse.

La trayectoria de Carlos es un síntoma de época. Una adhesión versátil que tiene a las *peleas* y las transgresiones como experiencias claves. Una movilidad ascendente y horizontal al interior de la *barra* que encuentra en el *aguante* y el *bardo* una condición, una posibilidad y, como veremos adelante, un límite. Pues, su estatus es hijo de un contexto que facilita tanto como restringe. Más abajo veremos que el cambio de era reestructura a la *barra* y, en el futuro inmediato, Carlos tiene todas las de perder. Cuando otra facción se proponga *echar a las ratas*, Carlos deberá abandonar la tribuna por *las buenas o las malas*.

Tercera generación (2008-2020)

Hasta el periodo 2007-2008, la *barra* de *Los Piratas* tienen 5 facciones: *Los Piratas Celestes de Alberdi* (en adelante LPCA); *La 19 de Marzo* comandada por *Carlos* y nombrado en la generación anterior;

⁸ Además del caso en Tucumán, el 28 de febrero de 1993 un miembro de *Los Piratas* mató a un hincha de Boca en el Estadio Chateau Carreras tras el partido entre Belgrano y el Club Atlético Boca Juniors. La rivalidad ya tenía antecedentes: pocos años atrás la *barra* de Boca había *emboscado* a *Los Piratas* en Buenos Aires dejando varios heridos por armas de fuego y armas blancas.

La banda del Jetón Marcos con líder homónimo, *La Barra de Chocu y Juan* en referencia a quienes fueron sus antiguos *capos* y *La Fraternidad* manejada por el *Flaco Ruben*. Todos ellos son la *barra* de Belgrano autodenominada *Los Piratas*. Entre las facciones hay tensión por un orden que tiene privilegios y perjuicios. LPCA ocupan la posición de establecidos, mientras las otras cuatro facciones quedan relegadas a un estatus marginal. El poder dibuja su geografía. La asimetría no solo es palpable en la administración y distribución de ciertos recursos y bienes (carnets, entradas, colectivos para viajar, bombos, banderas, ropa deportiva del club, entre otros) sino, también, en la ubicación que cada facción tiene en la *tribuna popular*. Los días de partido, los miembros de LPCA, sus banderas, bombos y trompetas ocupan el centro de la *popular*. Las cuatro facciones restantes quedan confinadas a los márgenes.

A pesar de la convivencia relativamente pacífica entre facciones, la gran mayoría de mis entrevistados—*barras* o “hinchas comunes”—perciben retrospectivamente a la *tribuna popular* de aquellos años como una “zona liberada” donde *el bardo* tiene riendas libres: robos, *peleas*, violencia contra las mujeres—que progresivamente empiezan a incrementar su presencia—consumo de *drogas*, desorganización para las puestas en escena desplegadas en la tribuna y falta de autoridades claras al interior de la *barra*.

Sin embargo, a fines de la primera década del siglo XXI aquel orden social es fuertemente trastocado cuando LPCA comienzan una ofensiva de monopolización territorial basada en la expulsión violenta de las otras facciones de la tribuna. *Los Piratas* entran en una fuerte *interna*. Las *peleas* intestinas se intensifican en la *popular* durante los

días de partido. Hay una dinámica que se repite: enfrentamientos cuerpo a cuerpo que tienen como objetivo ocupar el territorio de la facción derrotada y expulsarlas de la tribuna. Para LPCA, *correr* al resto de las facciones es relativamente sencillo: primeramente, porque LPCA superan en número al resto; segundo porque que no hay una férrea resistencia al avance monopólico; y tercero porque, además de recurrir a la fuerza física, LPCA apelan a una estrategia estigmatizante que contribuye a degradar a las facciones opositoras y ganar la aceptación del resto de la "comunidad de Belgrano". LPCA etiquetan a los miembros de las facciones opositoras como *ratas*. El mote nace tras imputarles los sistemáticos robos que ocurren en la tribuna, aunque posteriormente terminan siendo responsabilizados por todo un orden social que se representa como hostil para la asistencia de la *familia a la cancha*. Sobre todo, el estigma se aplica a los miembros de *La Fraternidad* con quienes LPCA tienen los enfrentamientos más intensos, primero en la *tribuna* a los golpes y posteriormente fuera de ella *a los tiros*. A fuerza de puños, balas y rumores LPCA instalan una idea clara en la "comunidad Belgrano" que será celebrada y reproducida: para que vuelva *la familia* a la *cancha* hay que expulsar a *las ratas* (Cabrera, 2018).

Una tribuna "pacificada" no implica el fin de las *peleas*. Las *broncas* entre las facciones no desaparecen, se reconfiguran. Ahora los enfrentamientos se desplazan a momentos y espacios ajenos a los espectáculos deportivos estrictamente dichos: bares, plazas, recitales, bailes de cuarteto, clubes barriales, domicilios privados o esquinas son los nuevos escenarios donde dirimir violentamente las diferencias. Los estadios y los días de partido dejan de ser la localización principal de

los enfrentamientos. Entiendo a este desplazamiento espacio-temporal de *las peleas* como un proceso de “privatización de la violencia”⁹ en el fútbol, esto quiere decir que las *broncas* se desarrollan en espacios y temporalidades extrañas al escenario público del espectáculo futbolístico por excelencia: los estadios durante los días de partido. Las tribunas “pacificadas” deben ser leídas en clave relacional con la tendencia a relegar cada vez más “detrás de bastidores” (Elias, 1993: 164) las violencias toleradas anteriormente. Como ya se dijo, las *peleas* no desaparecen, se mueven, se encuentran en un vivo proceso de desplazamiento espacio-temporal.

Los protagonistas de *las broncas* también cambian. Ahora, *Los Piratas se pelean* principalmente entre ellos. No hablo de un fenómeno nuevo, sino de la acentuación de una tendencia. Las causas son múltiples, pero hay un factor que es determinante: la prohibición del público visitante en los partidos de fútbol. La AFA (Asociación del Fútbol Argentino) y el Estado Nacional, en el año 2007 deciden prohibir la asistencia del público visitante a todos los partidos correspondientes a las categorías de ascenso nacional que se disputan en el territorio argentino por causa de la violencia. Algunos años después, la misma normativa se aplica a la primera división¹⁰. Belgrano juega exclusivamente con hinchas propios entre los años

⁹ El concepto de “privatización de la violencia” es utilizado en el sentido empleado por Elias (1993) y Spierenburg (1998). No como la transferencia del monopolio de la violencia física del Estado a sectores privados producto de una hipotética mercantilización, sino como el aumento de los umbrales de intolerancia a la violencia en la vida pública cotidiana.

¹⁰ Desde principio de los dos mil las muertes vinculadas al fútbol vienen en una escalada vertiginosa. En el año 2007 matan a un hincha de Tigre tras un partido contra Nueva Chicago en la ciudad de Buenos Aires. Este último episodio, en el contexto de un creciente “pánico moral” sobre “la violencia en el fútbol argentino”, lleva a que el Estado Nacional conjuntamente con AFA decidan prohibir la asistencia del público visitante para los partidos del ascenso. Desde el 2013, tras la muerte de un hincha de Boca por una pelea interna de su barra, la prohibición se aplica también a la primera división.

2007 y 2011, hasta que asciende a la primera división. Es justamente el período en el que la *interna* brota. Tras el ascenso juega todo el 2012 con hinchas de otros equipos. En el 2013, al extenderse la sanción a toda la primera división Belgrano retorna a jugar sin público visitante. Esta reconfiguración del espectáculo deportivo modifica sustancialmente a la *barra* de Belgrano. Entre tantas consecuencias, una de ellas es que los partidos de fútbol en los estadios dejan de ser un ritual de encuentro para las históricas enemistades entre *barras* rivales. El espacio por antonomasia para competir agonísticamente con las clásicas alteridades desaparece—la presencia policial se mantiene, por ende, las *peleas* con ella también. Ahora bien, ya hemos dicho que *la barra* es un espacio de socialización donde la experiencia de *pelear* es constitutiva a su universo moral y afectivo. Ante la ausencia de un “enemigo” al frente, se lo encontró al costado¹¹. El resultado es tan sencillo como predecible: un incremento exponencial de las *peleas internas* entre *Los Piratas*

En suma, desde los años 2007-2008 *Los Piratas* entran en una nueva etapa signada por *peleas internas*. Para el año 2011 el proceso culmina con la facción LPCA victoriosa y las otras derrotadas y expulsadas. La reconfiguración es profunda. De estadios violentos

¹¹ Este aumento de la violencia entre hinchas del mismo club no es patrimonio exclusivo de la *barra* de Belgrano, sino que también se observa en los “hinchas comunes”. Para ejemplificarlo está el asesinato a Emanuel Balbo ocurrido el 15 de abril del 2017. Ese día, Belgrano jugaba de local contra el clásico Talleres en un partido oficial, en el Estadio Mario Alberto Kempes, con la prohibición del público visitante vigente. En la popular Willington, al frente de la tribuna pirata y donde normalmente están los hinchas de Talleres, se produjo una discusión entre hinchas de Belgrano. Oscar “Sapito” Gómez comenzó a gritar que Emanuel Balbo era un hincha de Talleres “infiltrado”. Varios hinchas de Belgrano comenzaron a golpearlo hasta arrojarlo por una de las bocas de ingreso a la tribuna. A los dos días Emanuel muere en el Hospital de Urgencia de la ciudad de Córdoba. Balbo no fue el primer caso de golpiza a un hincha etiquetado como “infiltrado” pero sin duda fue el más espectacularizado por los medios de comunicación.

donde los enfrentamientos entre hinchas de diferentes equipos era moneda corriente, se pasa a *canchas* relativamente “pacificadas” por la privatización de *peleas* que se desarrollan “tras bastidores” entre hinchas o facciones de un mismo equipo; de una *tribuna* anómica donde el *bardo* era una lógica enaltecida, se pasa a una *popular* regulada en la que, en nombre de la *familia*, se castiga al transgresor; de un archipiélago de facciones con autoridades poco claras, se pasa al control monopólico de una facción que tiene un mando unipersonal tan respetado como legítimo.

Mauro: Cambió el ambiente. Antes era más pesado y eso cambió. No sé si también cambió la sociedad, que ahora estamos mejor. (...) Hoy cambió por ejemplo la inserción de la mujer... antes vos tenías tres o cuatro viejas en la cancha. Hoy va la familia, está lleno de minas, si antes pasaba una sola mina toda la tribuna le cantaba “culeadora, culeadora”. (...) El otro día tuve que sacar un guaso de entre medio de los bombos porque estaba sacando fotos, fui y le dije “loco no podés sacar fotos”. Se lo dije bien pero el tipo estaba ahí sacando fotos. Antes, imagínate, le choreaban la máquina. Lo del robo también fue un cambio grande. Además, eso siempre generaba quilombo... antes la barra entraba a la cancha y la silbaban. Ahora muchos parecen más hinchas de la tribuna que del equipo. Ahora tenemos una fiesta única, no hay ratas, los telones, las banderas, es un carnaval. Es otra cosa.

A pesar de que Mauro tiene 30 años, ya ocupa una posición privilegiada en *Los Piratas*, es el *referente* de la *música de la barra*, un grupo que, con bombos y trompetas, se encarga de darle ritmo y

canto a la tribuna. Él compone los canticos. Pero además de su hacer, Mauro cuenta con una legitimidad de origen: es portador de un apellido. Su padre y su hermano mayor son de la *primera línea* de Los Piratas. Un linaje del para-avalancha. Tal condición le ha valido una infancia en la *barra*. En su testimonio habla de cambios. Más *familias*. Ausencia de robos. Menos *quilombo*. Aceptación de la *barra*. *Fiesta y carnaval*. Mauro está pensando en el contraste del presente con, lo que él denomina, *la cancha de los noventa*. Hay un proceso de mayor aceptación de *la barra* por parte de los *hinchas comunes* que está vinculado a la prohibición de robos, la privatización de las *peleas* y la carnavalización de la tribuna. *La familia ha vuelto a la cancha*. En este nuevo escenario, para Mauro, *la violencia ya no va*:

Mauro: La violencia ya no va, está muy condenada, ya no va más. Vos fijate las canciones. Hoy tienen frases que te llegan al alma, antes era "tomo pala, ando con fierro, no te parás". ¿Cómo le explicas a una familia que cante eso? Si yo canto ese tema lo van a cantar dos o tres y nada más. Cambia el público de la cancha y también cambian los temas. Ahora es cantar más desde el sentimiento, si no, no hay fiesta (...) la barra también cambio, ahora es más... como decirte... abierto, aunque sigan estando los de siempre

Nicolás: ¿Te referis a los referentes?

Mauro: Si, pero a todos... arriba están los de siempre... los históricos

Nicolás: ¿Y que tienen los históricos? digamos ¿Qué se necesita para ser un referente?

Mauro: Tenés que tener lucidez, liderazgo, sino tenés eso, chau. Y tenés que tener trayectoria, si no te cagaste de frío, si no viajaste, si no te cagaron a balazos de goma, si no te quebraron en Colón... tenés que tener historia. Yo por ejemplo, yo soy muy, muy... ¿Cómo se dice?—con el dedo índice se golpea suavemente la cabeza. Muy de estar carburando siempre. Siempre pensando, organizando. Siempre trato de estar un paso adelante, en la cancha, en el trabajo. Si me agarras colgado es que estoy pensando. Aprendí a pensar antes de hablar. Eso es importante, eso lo aprendí de mi viejo.

Nicolas: ¿Y a vos no te gustaría manejar la barra?

Mauro: Sería lindo, pero no, no tengo carácter. La maldad no la tengo. Ojo, no tengo nada contra el que lo hace, pero yo sí tengo cosas que perder. (...) Antes vos te parabas en la tribuna con veinte monos y la ganabas peleando. Ibas el martes al entrenamiento y decías "Ahora la manejo yo, quiero tanto por mes, tanto carnet, etc.". Ahora tenés que conseguir los contactos, los teléfonos de uno, el otro, la yuta, el comisario, el dirigente, y ellos te van a decir que sí o que no. Además te sacan fotos, las cámaras, te escrachan en el Facebook, los periodistas... no es tan fácil.

Mauro remarca discontinuidades. El rechazo a *la violencia* lo vive personalmente con las canciones, una de las tareas fundamentales a las que se dedica. A la hora de componer, *la familia* se piensa como actor y público, protagonista y audiencia que obliga a sosegar el contenido de las letras. Una tribuna más propensa a la *fiesta* y al *sentimiento* que a las *peleas*. En la *barra* también hay cambios, aunque las personas sean las mismas. En estadios violentos regidos

por el *bardo* y el *aguante* la *barra* se *ganaba peleando en la tribuna*; ahora con menores umbrales de tolerancia a la violencia por su privatización, *la barra* se gana con *contactos*. Además, Mauro señala un elemento más: la hipertecnologización de las *canchas*¹². La proliferación de cámaras disuade tanto como estimula. Hay insultos, agresiones o amenazas que se hacen por Facebook. *Broncas* que se filman y se suben a las redes sociales. Las *peleas* también se desplazan al mundo virtual. Eso obliga a tomar precauciones y a premeditar más los usos de la(s) violencia(s)

En un escenario donde *la violencia ya no va*, las experiencias que legitiman la autoridad de los *referentes* también se trastocan. *Pensar, liderar, carburar, organizar, contactar*, remiten a una conjugación más distanciada de la corporalidad aguantadora centrada en el *pelear*. Ahora bien ¿esto significa que *las peleas* dejan de ser una experiencia valorada y deseada? De ninguna manera. El mismo Mauro lo esclarece cuando se refiere a la *trayectoria* o *la historia* que un *referente* tiene que tener. También refiere a *viajar, cagarse de frío, ser quebrado* o recibir *balazos*. Es decir, a una corporalidad aguantadora. Finalmente, cuando habla de un *carácter* y una *maldad* necesaria para manejar *la barra* yo interpreto el no tener pudor para apelar al uso de la fuerza en distintas situaciones que la cotidianeidad de *Los Piratas* demanda. Lo que estamos tratando de decir es que, en un contexto de violencia privatizada, con reinserción de la *familia*, con hinchas y barras

¹² Además de la multiplicación de celulares, las últimas políticas públicas destinadas a prevenir la violencia en el fútbol argentino están vehiculizadas por “avances tecnológicos” destinados a individualizar, identificar y castigar a los responsables. La instalación de cámaras dentro y en las inmediaciones de los estadios fue una de las primeras iniciativas en ese sentido. La última medida pre-pandemia fue el programa “Tribuna Segura” por el cual, por medio de la digitalización de la identidad de los hinchas, se busca identificar a las personas que tengan pedido de captura o derecho de admisión

concentrados en *la fiesta y el carnaval*, sin *ratas* ni hinchadas visitantes, *las peleas* se desplazan espacial y simbólicamente. En tanto vivencia largamente sedimentada en *Los Piratas* no desaparecen, en tanto experiencia condenada por el nuevo contexto pierden peso relativo a la hora de ordenar las jerarquías internas.

Javier: A mí me gusta pelearme, nunca fui de pisar el coco, cuando el tipo está en el suelo ya está. A mí me gusta esa parte, el partido ni lo miro. Es que no se, cada uno piensa a la barra de su manera, pero los que piensan como yo, como barra, no serán más de 30. Para mí es así, si no podes ni levantar una piedra ándate a la platea. A mi casi me mata la policía en Santa Fe, esa vuelta contra Unión, hay fotos y todo. A mí me gustaban las barras de antes. No sé, por ejemplo, contra Colon, ese día estaba chocho, no quería que termine más, estaba feliz. A mí eso me gusta, o sea yo me preocupo por si parece que corrimos o por tratar de no perder las cosas—se refiere a los bombos y las banderas. Por suerte eso nunca nos pasó, pero me preocupa eso, ese día yo entre a la cancha y en la mochila tenía dos fierros, vos no sabes lo que puede pasar.

Si ese culiado ve al diablo en la calle, sale y lo pelea... le encantan los guantes. Así me hablaba Tetu de Javier. Ambos comparten edad y esquinas: 36 años viviendo en el barrio de Muller. Javier es el *referente* de dicho barrio. Es de la generación que se curte en la *barra* entre finales de los 90 y principios de los dos mil. Sobre él pesa una fama de *peleador*. En casi todas las *peleas* que me toca presenciar de la *barra* Javier está *al frente*. El argumento que esgrime es tan simple

como contundente: *me gusta*. En las *peleas* que narra Javier hay placer, goce y regocijo. Él se ocupa y preocupa por la violencia. Pero también sabe que su forma de pensar y sentir la barra está en peligro de extinción. En la era de la violencia privatizada y la pacificación de la tribuna su pensamiento es de una minoría, un anacronismo. Es que su "camada" expresa la bisagra, encarna la transición. Su adolescencia está marcada por las *peleas*, *el bardo*, *el aguante* y *los robos* en una *cancha* que es recordada como un *quilombo*. En sus últimos años hay *broncas* que acontecen en una pluralidad de escenarios ajenos a las tribunas *más familiares* de hoy.

Cuando Javier me narra las *peleas* actuales describe una pluralidad de escenarios y momentos en los que se desarrollan las *internas* de *Los Piratas*. Estadios, recitales, calles, plazas, barrios y hasta Facebook. El contexto son las *canchas* sin público visitante. Las armas de fuego ya no generan sorpresa ni repudio alguno entre los involucrados. Son moneda corriente. Las *peleas* adentro de los estadios son postales de un viejo escenario. El contexto es claro: una barra monopolizada, una tribuna "pacificada", una violencia privatizada.

Mauro y Javier exponen dos formas de *estar en la barra* donde se ponen en juego historia y contexto. *Las peleas* no desaparecen, y ahí está Javier para hacerse un nombre a fuerza de trompadas, puntas y balas. Hay un *bardo* y un *aguante* reactualizados. Pero al privatizarse la violencia y desplazarse en el espacio y tiempo, emergen otras experiencias dignas de acumulación. Vender ropa, crear canciones, arreglar bombos, diseñar banderas, manejar redes sociales o coordinar grupos son recursos que Mauro sabe utilizar. Y eso se cotiza

en creces en una *barra* que hace de su organización y estética un valor fundamental en los nuevos tiempos que corren. Ambas trayectorias no son incompatibles o incoherentes, más bien se complementan en una nueva generación que, sin dejar de sentirse deudora de un pasado que exige derechos, se regocija de los privilegios que endulzan un presente del que se sientan actores principales.

Hacia una sociogénesis del *pelear*

En las tres generaciones estudiadas hay *peleas* que operan como “acontecimientos fundantes”, es decir, bisagras temporales que marcan inicios y cierres de “generaciones sociales” (Mauger, 2013). La primera generación, reconocida como *Los Piratas del 68* (1968-1984) nacen *peleando* en la ciudad de San Francisco en el año de la fundación de la *barra*. Allí, tras viajar para acompañar a su equipo, este grupo de hinchas de Belgrano—que posteriormente a ese viaje escogerán para sí el nombre *Los Piratas*—*pelea* contra la hinchada del equipo local y la policía. La segunda generación (1984- 2008) se inaugura con el primer muerto en la historia de la *barra* tras la *bronca* de Tucumán en 1984. Finalmente, la última generación (2008- 2020), donde se agudizan disputas internas entre facciones de *Los Piratas*, encuentra un punto de origen en el año 2008 cuando la facción denominada “Los Piratas Celestes de Alberdi” expulsa violentamente de la tribuna a todas las demás facciones de la barra para consolidar un control territorial monopólico iniciando así una etapa de relativa “pacificación” de los estadios (Cabrera, 2018).

Lo primero para resumir es, entonces, que *pelear* es una experiencia transgeneracional observable en toda la historia de *la*

barra. Desde su fundación hasta la actualidad *Los Piratas pelean*. Pero esas *peleas* se van modificando según las coordenadas espacio-temporales. Este carácter ambivalente de la violencia, que consiste en persistir al mismo tiempo que se modifica, solo puede verse desde una mirada procesual que contemple el largo plazo. Ahora bien, si de pensar procesos se trata es necesario trazar tendencias, rupturas, desplazamientos, pausas, intermitencias o repliegues de un tipo de violencia movediza y voluble. A continuación, propongo una sociogénesis del *pelear* a partir de una comparación sincrónica y diacrónica de las características de los enfrentamientos—espacio y tiempo, medios empleados y alteridades—las estrategias de legitimación, la estructura organizativa de la barra y el peso relativo que tienen el *pelear* en el devenir *pirata*. Para sintetizar y sistematizar la superposición interactiva de tales procesos, al final del apartado encontrarán un cuadro que resume las características de las *peleas* que *Los Piratas* vienen protagonizando desde 1968 hasta el advenimiento de la pandemia.

Dinámicas de las peleas: desplazamientos, umbrales y letalidad

Hasta el comienzo de la tercera generación (2008) las *peleas* se desarrollan en el escenario público por excelencia del fútbol argentino: los estadios y sus alrededores durante los días de partido. En la primera generación, durante los encuentros deportivos que Belgrano disputa, de local o visitante, *Los Piratas se pelean* principalmente contra hinchas de otros equipos que son identificados por provincias o ciudades. Los contrincantes se definen como *rosarinos*, *tucumanos*, *santafesinos*. Las *peleas* internas existen

aunque son las menos. La policía es un contrincante recurrente. Con las hinchadas de los equipos cordobeses las agresiones se limitan a lo verbal. Inclusive, hasta finales de los setenta, se hermanan bajo una identidad provincial. Hay partidos donde comparten tribuna o están separados sin vallas o cordones policiales.

En la segunda generación los enfrentamientos contra la policía perduran. El cambio está en que las *peleas* contra hinchas de otros equipos se piensan en términos de *barras*. Para la década del ochenta prácticamente no hay equipo del fútbol argentino que no cuente con sus propios “muchachos del para-avalancha”. En ese escenario, el síndrome de beduino traza amistades y enemistades radicales. Por otra parte, las *peleas* internas se intensifican. Hay una *barra* que resuelve sus propios problemas a los golpes. Aparecen algunos enfrentamientos con los clásicos rivales de Córdoba, sobre todo contra hinchas de Talleres. Se mantiene el mismo escenario que en la primera generación, pero con un aumento de las *peleas* a la salida de los partidos. la emergencia de la *emboscada*—atacar por sorpresa al rival—y la venganza así lo demuestran. Pero en ambas generaciones, la primera y la segunda, los días de *combates* son, todavía, los días de partido.

En los últimos años hay un vertiginoso desplazamiento espacio-temporal de los escenarios. Las *broncas* se desarrollan fundamentalmente en ámbitos “privados” en relación al espectáculo futbolístico: bares, bailes, barrios, plazas, domicilios particulares, recitales, reuniones de amigos, entre otros. Hay un proceso de “privatización de la violencia” por el cual las *peleas* se trasladan “tras bastidores” (Elias, 1993: 164). Esto significa que los estadios y los días

de partido dejan de ser las principales referencias espaciales y temporales respectivamente. El cambio de escenario coincide con un desplazamiento de los contrincantes. Ahora, las *peleas* son mayoritariamente internas. Mientras que en la generación anterior los *combates* eran principalmente entre *barras* de diferentes equipos, hoy las *broncas* predominantes son entre *facciones* de *Los Piratas*. Con la prohibición del público visitante, "el enemigo" deja de estar al frente y se lo encuentra al costado. Pero también hay continuidades muy marcadas. La policía sigue siendo una tentación a la hora de *pelear*. Es decir, en una evolución de gran volatilidad hay una constante inmutable en el tiempo: *pelear* contra la policía.

También cambian los medios empleados. En la primera generación hay trompadas, patadas, piedras, cadenas y armas blancas. Se condenan los usos de arma de fuego. Esto no quiere decir que ellas no existan o no se usen, quiere decir que hay umbrales de sensibilidad donde la posibilidad de matar o morir todavía no es una experiencia común. En el segundo periodo los umbrales se trastocan. Se mata y se muere. La muerte aparece como referencia, posibilidad y hecho. No es casualidad que la *barra* de Belgrano registró su primera muerte violenta públicamente conocida, me refiero al desenlace de la *pelea* en Tucumán. Hay más uso de armas blancas o proyectiles dentro de los estadios por parte de los hinchas. La policía, en los albores de la reapertura democrática argentina, mantiene un espíritu represivo con una capacidad de choque en aumento. Las tribunas se tornan campos de *batallas* donde la posibilidad de matar o morir acrecienta. A esto hay que sumar que se incrementa la letalidad de las *peleas* antes o después de los partidos. Con la policía

por la perdurabilidad de un *modus operandi* represivo y letal como herencia dictatorial. Con las *barras* rivales por un síndrome de beduino que encuentra en la venganza un mecanismo de regulación, en la *emboscada* una vía de realización y en las armas de fuego un medio de materialización.

Gastón Gil, en su etnografía con la *barra* de Aldosivi, explica que la "vendetta" entre *barras* "es un mecanismo para resolver conflictos" que se piensan como un "intercambio [que] se asienta en la convicción de que el otro comenzó la cadena de agresiones que, de no ser contestada, mancillaría el honor del grupo de referencia" (Gil, 2007: 88). En un juego de honor y humillación se impone la obligación de devolver la agresión sufrida. Esto instaura la previsibilidad de un comportamiento violento de las alteridades ofendidas. Ahora se sabe que hay partidos donde, antes o después, las *emboscadas* o los *robos de bandera* son una posibilidad tan concreta como real; por ende, para "prevenir" hay que ir preparado, léase...armado. En consecuencia, vemos que entre la primera y la segunda generación hay una progresiva lesividad y letalidad en las *peleas*.

Finalmente, en los últimos años las *broncas* tienen lugar en una pluralidad de ámbitos privados contra enemigos cercanos y conocidos. La *emboscada* es una amenaza omnipresente y cotidiana. El adversario—otras facciones de la misma *barra*—ya no está en otra provincia, ni en otro club, ni en una cancha en particular, está en el barrio vecino. Puede aparecer en cualquier lugar y hora. La herramienta adoptada para la imprevisibilidad es la protección armada permanente. Las *peleas* se desarrollan en contextos disímiles y a los tiros. Hay más armas de fuego cuyo uso puede darse en

cualquier momento. Aunque no se registren muertos queda claro que las posibilidades de matar o morir tras una *pelea* perduran.

Lo dicho hasta aquí deja una conclusión. Sería imprudente hablar de aumentos o caídas de “la violencia” en el tiempo. Para empezar, la noción de *pelear* no contiene todas las violencias que *Los Piratas* protagonizan. Tampoco me atrevo a afirmar si hay una tendencia a la suba o a la baja en la frecuencia de las *peleas*. Sus constantes movimientos y mutaciones impiden fijar una referencia que invite a comparar. Ahora bien, en un esfuerzo por reconstruir regularidades o tendencias más uniformes podemos encontrar algunos procesos más claros en relación a las características de las *peleas*. Si nos detenemos en los contrincantes, resulta evidente que los enfrentamientos contra la policía es una continuidad transgeneracional. También se observa una relación inversamente proporcional entre las *peleas* contra otras alteridades de equipos diferentes y las *broncas* entre facciones internas. El anterior proceso coincide con una mutación espacio-temporal. Hay una progresiva privatización de la violencia. Pasamos de *peleas* disputadas en estadios con un partido de fútbol en juego, a enfrentamientos durante la semana en contextos que poco tienen que ver con la competición deportiva en sentido estricto.

Los medios empleados denotan una creciente posibilidad de matar y morir. Esto no quiere decir que efectivamente con el tiempo la letalidad necesariamente aumente, pero sí la probabilidad. Entonces, lo que hay, es un aumento de la “violencia altamente lesiva” (Cozzi, 2013). Esta categoría es empleada por Eugenia Cozzi en su estudio sobre jóvenes de dos barrios populares en la ciudad de Santa Fe. La autora utiliza el concepto para referirse “a las agresiones físicas

letales o potencialmente letales” (Cozzi, 2014: 266). La pertinencia del concepto para mi estudio radica en que invita a pensar procesos donde el aumento de la letalidad está contemplada como hecho pero también como probabilidad—en otras palabras, incluye la violencia letal pero también aquella lesiva que no llega a matar—y en que en ese incremento de la lesividad el uso de armas de fuego aparece como una variable fundamental.

En la segunda generación, en relación a la primera, efectivamente se mata y se muere más. Hay, al menos, dos muertes registradas en las que participan *Los Piratas*. En el tercer período la relación entre medios empleados y letalidad se complica. Si por un lado hay más armas de fuego disponibles en contextos ajenos a los estadios, donde suponemos que es más fácil usarlas, por otro lado, no encontramos víctimas fatales producto de estas *peleas* internas. Para explicar tal paradoja no tengo respuestas contundentes, solo algunas hipótesis provisionarias. Primeramente, puede ser que haya limitaciones metodológicas. Es posible que, al tratarse de *peleas* alejadas de los estadios, haya muertes que escapen a mi registro o al de los medios de comunicación. Después de todo hay muchísimos momentos en los que yo no estuve con *la barra* o asuntos de los que nunca supe. En segundo lugar, queda claro que no hay una relación mecánica entre una creciente disponibilidad de armas letales y un aumento de las víctimas fatales. Por eso, una vez más, aclaro que prefiero hablar, como tendencia general de las *peleas*, de un incremento de “las agresiones físicas letales o potencialmente letales” (*ídem*). Queda pendiente un estudio más profundo de la relación entre armas de fuego y violencia letal. Sin duda, la mayor cantidad de

armas disponible es un agravante, como lo demuestra la segunda generación, pero analizar esta variable aislada, sin tener en cuenta los mecanismos de legitimación o la lógica organizativa de la *barra*, conduce a respuestas tan apresuradas como superficiales.

Mecanismos de legitimación: pacto de varones, animalización de la otredad y encantos del pelear

Para que las *peleas* existan y perduren en el tiempo deben ser legítimas para sus practicantes. Hay un mecanismo transgeneracional que las legitima: arrojar superioridad a partir de una estigmatización de la otredad. Hay una sociodinámica del estigma que, en el mismo gesto que etiqueta, degrada. Las formas más recurrentes son dos: la desmaculinización y la animalización. Esas operaciones tienen matices cuando las contextualizamos generacionalmente. En las siguientes canciones de la *barra*, correspondientes a “modos generacionales” diferentes, se observan continuidades y rupturas en el sentido señalado.

A: Primera generación	B: Segunda y tercera generación	C: Primera generación	D: Segunda generación	E: Tercera generación
Talleres, hijo querido/ Los domingos para vos son aburridos/Hay que salir, hay que pasear/Hay que	Talleres, hijo de puta/ Esos colores se parecen a la yuta/ No te paras, siempre	Milanesa, milanesa, milanesa, milanesa/ me parece que	Gallina/ culeada/ puta y reventada	La tribuna está de fiesta llegan Los Piratas/ Somos la banda más

llevar a la familia a Carlos Paz/Che talleres hijo nuestro/Hijo nuestro morirás/ Y en las copas de verano/ Sigo siendo tu papá	corres/ Sos como Lucho y los putos de La Fiel ¹³ / Talleres no tenés aguante/ Eso vos ya lo sabes/Te lo dice el pirata/ El pirata cordobés	Talleres es la gallina cordobesa		loca que no tiene ratas/ No me importa lo que diga toda la gilada/ Somos la primera barra/ A mí no me importa nada
--	---	----------------------------------	--	--

Las canciones manifiestan umbrales de sensibilidad y procesos de estigmatización disímiles. Sin embargo, subyace una continuidad: una identificación masculina, adulta y heteronormativa de *Los Piratas*. Hay un imaginario genérico y etario transgeneracional. Archetti (1985) definió al fútbol como un ritual masculino en el que los espectadores se afirman como “verdaderos hombres” a partir de tres alteridades radicales: las mujeres, los varones homosexuales y los púberes o niños. Sobre estas oposiciones se construye un prototipo ideal de masculinidad en el que *pelear* se vive como una experiencia para *hacerse hombres*. Si en la primera generación *Los Piratas del 68* son *señores, caballeros* o *padres*, desde la segunda generación son *machos* aguantadores, no *minas*, ni *putos*, tampoco *hijos*. La discontinuidad puede leerse como un cambio gradual propio de la cultura futbolística nacional: el pasaje de una “ética caballeros” a una “ética de hombres y machos” (Alabarces, 2004). La continuidad, por

¹³ *Lucho* y *La Fiel* refieren a dos facciones distintas de la barra del Club Atlético Talleres de Córdoba. *Gallina* es un mote de connotación negativa que los hinchas del segundo equipo usan para burlarse de los del primero. *Ratas* es el estigma construido por LPCA para denigrar a sus facciones opositoras al interior de la *barra*.

su parte, puede interpretarse, siguiendo a Arcehetti, como la afirmación de una identificación de varones, adultos y heterosexuales. Esto no quiere decir que aquellas alteridades no tengan ningún lugar en la *barra*, lo que digo es que son incorporadas de manera subordinada.

En las canciones C, D y E las alteridades son animalizadas. En las dos primeras generaciones el principal destinatario son las *gallinas* de Talleres, en la última son las *ratas* de las facciones opositoras a LPCA. Las alteridades cambian pero el principio estructural se mantiene: la otredad siempre es deshumanizada e inferiorizada. El proceso de animalización despoja a la "víctima" de la condición de persona justificando su sometimiento (Bermúdez, 2016). Tratar al otro como animal clausura la posibilidad de pensar en la comisión de crímenes: sin individuo no hay víctima, sin víctima no hay culpable (Burgat, 1996).

Pero ambas estigmatizaciones no garantizan por sí mismas que esa "violencia simbólica" devenga en *peleas*, ni que ellas terminen con víctimas fatales. Para responder aquello hay que construir una mirada multidimensional que, por espacio, sintetizaré. Para ser un "verdadero hombre" hay que demostrarlo con el cuerpo, no solo con la palabra. En la medida que *Los Piratas* se identifican como varones las experiencias corporales funcionan como instancias evaluativas más importantes que las estrictamente discursivas. *Pelear* es una de ellas. En este sentido es que hay pensar las *peleas* como duelos de varones que ponen en juego un honor individual y grupal (Moreira, 2005). De ahí que muchos piratas entrevistados, de todas las generaciones, se sientan interpelados a responder una agresión sentida como ofensa.

Si esa "respuesta" es con *trompadas, puntazos o tiros* depende del contexto.

Si *pelear*, en las tres generaciones, sirve para afirmar una corporalidad varonil, lo esperable es que el cuerpo del otro sea objeto de dominio. Como sostiene Rita Segato, la violencia de estructura patriarcal siempre implica "el ejercicio de una soberanía, de un control territorial, que se expresa en su capacidad de acción irrestricta sobre los cuerpos" (Segato, 2013: 56). En otras palabras, los propios cuerpos *en combate* son pensados como territorios. Cuerpos masculinos, adultos y heterosexuales se autoproclaman soberanos de todas las corporalidades representadas como abyectas. Desde esta óptica, las *peleas* deben leerse como disputas territoriales. No es un fenómeno nuevo ni reciente. Tampoco nace con la idea de *aguante*, más bien ésta lo agudiza. Pues la *barra* de Belgrano, desde sus comienzos, piensa al fútbol como una cartografía bélica: hay territorios propios a defender, neutrales a disputar y ajenos a *copar*. *Pelear* también se legitima como un acto soberano en el sentido utilizado por Rita Segato: como el "control legislador sobre un territorio y sobre el cuerpo del otro como anexo a ese territorio" (*Ibidem.*: 20). Desmasculinizar y animalizar a los otros significa hacer de sus territorios zonas conquistables y, por ende, a los cuerpos anexados, vidas matables.

Continuando en la línea de Rita Segato podemos entender, entonces, que las *peleas* se legitiman por una doble función social transgeneracional. Son "actos comunicativos" con dos "ejes de interlocución". En el "eje vertical" están "las víctimas" que se busca degradar. *Gallinas, putos, ratas o hijos* se tornan cuerpos devenidos

en territorios susceptibles de dominación. Pero también hay un “eje horizontal”: el grupo de pares. Aquí los peleadores solicitan ser parte de la hermandad viril, de los iguales, los competidores, los *amigos*: la “cofradía masculina” (Segato, 2013: 73). La violencia de los barras es un gran pacto de varones. Las *peleas*, en consecuencia, desnudan su carácter ambivalente en relación al lazo social: posibilitan identificaciones, trazan diferencias e instituyen desigualdades. Cohesionan, distinguen y jerarquizan.

Los pares son fundamentales para entender cómo y por qué una *barra* llega a ser un pacto de varones. En la enorme mayoría de *barras* que conocí, hay una adhesión a Belgrano y un involucramiento en la *barra* mediada por una tríada recursiva: parentesco, amistad y territorio. Aunque se hable del *gen pirata* o la *sangre celeste*, nadie “nace” hinchado y, mucho menos, *barra*. Todos cuentan con otro/s que los *hacen de Belgrano* o los reconocen como parte de *Los Piratas*. *Familiares*, *vecinos* o *amigos* son quienes transmiten las *pasiones* al club y la membrecía a la *barra*. Ya sea por afiliación sanguínea, pertenencia barrial o grupo de pares, esos otros con quienes se aprende a *ser de Belgrano* y *estar con Los Piratas*, casi siempre son varones. Lo que quiero decir es que hacerse de Belgrano y pertenecer a *Los Piratas* es parte de una “educación sentimental” (Geertz, 2006: 369) masculina que responde a lógicas de descendencia, residencia y afinidad. *La familia*, *el barrio* y *los amigos*—instituciones sociales sobre las que siempre se estructuró el organigrama interno de *Los Piratas*—dotan de carne, nervio, memoria y sentimiento al pacto de varones que toda *barra* es. Un pacto permanentemente negociado entre alteridades “externas” e “internas” que encuentran en el *pelear*

una experiencia atractiva y productiva que construye relaciones, afirma identificaciones y posibilita emociones. Un trazo agudizado por el organigrama segmentario que siempre tuvieron *Los Piratas*, donde estar con otros implica, necesariamente, estar contra otros.

Una vez más aclaro que, definir a la *barra* como un pacto de varones, no significa negar la agencia de todo aquello que quede por fuera de lo "masculino". Significa, por el contrario, que todo aquel "excedente" se incorpora de manera subalterna. Cuando hablo de pacto de varones, me refiero a la adhesión a la *barra* y no al apego sentimental por Belgrano. Algunos interlocutores reconocen que la transmisión de su *sentimiento por el club* viene de alguna mujer de la familia. Lo mismo puede decirse sobre la relación entre los miembros de *Los Piratas* y sus hijas, sobrinas, novias o esposas. Hay una transmisión directa de la *pasión* por Belgrano, así lo reflejan sus nombres más comunes: Celeste, Victoria, Celeste Cielo, Victoria Celeste y todas las demás combinaciones posibles. Lo que digo es, entonces, que el apego emocional por el club generalmente se hereda de una figura familiar adulta y masculina, pero también hay algunos casos donde aquella persona es una mujer. Sin embargo, cuando hablamos del involucramiento en la *barra*, difícilmente se escuche un nombre femenino.

Quisiera finalizar este apartado con algunos breves comentarios en relación a la categoría más fructífera que supimos construir para explicar la legitimidad de la(s) violencia(s) en el fútbol, me refiero a la noción de *aguante*. Dicho concepto nos ha dado herramientas teóricas- metodológicas para comprender, desde la "perspectiva nativa", la racionalidad de la(s) violencia(s), sus encriptados sentidos y

las identificaciones que posibilita. Sin embargo, en sus propias virtudes conlleva sus limitaciones. Primero, porque al presentarse como una categoría síntesis de “las violencias” abarca más de lo que aprieta. En esa desmedida ambición muestra límites cuando pensamos diacrónicamente. En otro trabajo demostré que el *aguante*, en el caso de la *barra* de Belgrano, recién emerge como categoría fundamental a partir de la segunda generación (Cabrera, 2019). E inclusive, en ese mismo momento histórico, debe pensarse relacionamente con otras nociones como la de *bardo*. Reintroducir el carácter contextual, situado y relacional del *aguante* permitirá explotar aún más su potencialidad analítica, por el contrario, despojarla de sus usos contextuales e históricos sólo llevará a reificarla como significante vacío condenado al ocaso. En consecuencia, si de comprender la(s) violencia(s) de las *barras* argentinas se trata, hay que recordar una máxima: sin la noción de *aguante* no se puede, sólo con ella no alcanza.

Además, como ya lo mencioné en la introducción, creo que la noción de *aguante* se apoya en un *a priori* de la práctica violenta. Al igual que las visiones economicistas, supone actores que siempre buscan algo—sea dinero o identidad—por intermedio de los golpes. El trasfondo es la imputación de un déficit: por medio de la violencia se busca lo que falta. En su obsesión por la “racionalidad” de la violencia se reproduce una concepción “sobreintelectualizada” y domesticada de la misma. Aquí no desconocemos lo dicho, sino que remarcamos los silencios. Creo que una manera de superar esa crítica es otorgarle un justo peso explicativo a las sensualidades y emocionalidades propias de la violencia en tanto vivencia. Por eso

prefiero pensarla más como experiencia y menos como “recurso”, “capital” o “medio”. Durante mi trabajo de campo he visto que hay toda una afectividad y sensualidad en torno a las *peleas*. Las *barras* también son comunidades emocionales. No es un dato menor que las *peleas* se justifiquen en nombre de la *pasión, el sentimiento, el amor o broncas del momento*. Como tampoco que se hable de *odio o bronca* a los contrincantes—el deseo o la fantasía de la *muerte de las gallinas* es permanente. O que se repita, una y otra vez, la insuficiente de las palabras para describir lo sentido al reconstruir una *pelea*. Los *combates* producen adrenalina, excitación o diversión. En varios de los entrevistados o en las situaciones etnográficas registradas, se revela un admisible encanto por un tipo de violencia que atrae. *Pelear* en tanto experiencia intensamente corporal seduce. Una atracción que también corre para las y los propios investigadores (Cabrera, 2017).

Jeff Ferrel sostiene que el “mundo moderno” puede ser pensado como un gran “aburrimiento colectivo institucionalizado” (Ferrel, 2010: 10). En ese contexto proliferan “grupos criminales o criminalizados que inventan afanosamente experiencias que contravengan, de diversas maneras, el proyecto moderno de aburrimiento” (*Ibidem.*: 12). Las palpitaciones del peligro, la adrenalina de lo ilícito, la euforia de los golpes, la gratificación de la hazaña, el orgullo del par, el regocijo de la victoria, pueden ser leídos como “momentos que trascienden las estructuras del aburrimiento y con ello encaman las dinámicas propias del compromiso y la exaltación” (*Ibidem.*: 15). No se *pelea* solamente por identificaciones simbólicas, controles territoriales o dinero en disputa. También se lo hace contra el

aburrimiento, a favor de experiencias vividas, por arrebatos sensitivos. Porque la transgresión cautiva. Para entender integralmente la(s) violencia(s), a veces, "debemos reemplazar "una sociología de la correlación por una sociología de la piel"¹⁴ (Hayward y Young, 2019: 19).

Estructura organizativa y el peso del pelear

Espero haber demostrado que *pelear* es una vivencia sedimentada históricamente que exige ajustes contextuales. El peso de las *broncas* siempre es relativo. Que algunos *Piratas* peleen no quiere decir que esta experiencia tenga la misma importancia para todos ellos. Para empezar una obviedad: no todos los *piratas* pelean. Y, aún entre los que sí lo hacen, el peso relativo de aquella vivencia cambia según la persona, su momento biográfico y el contexto en el que se inscribe. En la primera generación *pelear* es importante, mas no determinante. Surge como respuesta ante una ofensa y no como iniciativa. En los entrevistados no hay *peleas* en su ingreso o involucramiento inicial con la *barra*. Tampoco se apela a ella para referirse a movilidades ascendentes o laterales durante su permanencia en *Los Piratas*. Recordemos al Polaco hablando del Flaco Mario Cardozo, primer líder, *una dulzura de tipo que no le hacía mal a nadie ni le pegaba a nadie*. En esa primera generación hay otros recursos importantes como *mover gente, ir a todas las reuniones,*

¹⁴ Agradezco especialmente a mi director y amigo José Garriga Zucal por los debates en torno al *aguante* en particular y a la(s) violencia(s) en general. Casi todas mis preguntas vienen de su provocadora inteligencia.

tocar instrumentos o tipear las actas de las reuniones como hacia Roberto.

Otra deducción extraída a partir de nuestro derrotero histórico tiene que ver con la relación inversamente proporcional entre el aumento del peso relativo de las peleas y los mecanismos burocráticos—formales que regulan la organización de la primera generación. Me explico. En la primera generación *la barra* se estructura sobre un organigrama de tipo asociación civil que emula la dinámica organizacional de la comisión directiva del club. Hay presidente, vicepresidente, secretarios, tesoreros y vocales, todos postulados y votados periódicamente en listas. Las decisiones se consensuan en *reuniones* o *asambleas* y el resultado se consta en *actas*. No es que por votar a los presidentes y a toda la comisión directiva de la barra y registrarlo en *actas* no había lugar para las *peleas*, pero sí que la convivencia de ambos mecanismos, el formal y el informal, permitía intercalar una y otra vía como formas legítimas para dirimir diferencias que existieron siempre.

Con la llegada de la segunda generación la socialización burocrática-formal se desdibuja progresivamente y los mecanismos informales gana terreno. Esto no quiere decir que ahora *Los Piratas* sean un espacio anómico, sino que las *peleas* dominan los mecanismos regulatorios. *La barra se gana peleando*. Son tiempos donde la “violencia en el fútbol” se instala como asunto público: las *barras* son criminalizadas penalmente y estigmatizadas socialmente. Hay un corrimiento a la informalidad¹⁵. *Pelear da cartel*, es decir,

¹⁵ No hay una relación automática entre informalidad y violencia. Este nexo debe leerse a la luz de otras variables en las que actualmente estoy trabajando. Hay que explorar, por ejemplo, como el paulatino corrimiento a la informalidad de la *barra* iniciado con la segunda generación, sumado a la mayor

buena reputación. En consecuencia, *bancársela* es determinante. Para entrar, subir, cambiar, bajar y salir de las diversas facciones, la mayoría de *Los Piratas pelean*. Es que, en una *barra* con múltiples subgrupos, sin autoridades claras, con escasa cohesión, propensa a la transgresión y con una sociabilidad *bardera* y una moralidad *aguantadora*, las *peleas* se convierten en una de las principales experiencias que direcciona la suerte de cada uno de sus miembros y del colectivo en general. La trayectoria de Carlos así lo expone. Todos sus movimientos laterales y verticales—incluso la movilidad social ascendente que conquista entrando a la municipalidad—se deben, en gran parte, a su *cartel de barra*.

En la tercera generación, con umbrales de sensibilidad trastocados, violencia privatizada, estadios hipertecnologizados, sin público visitante y una *popular* monopolizada, las *peleas* pierden peso relativo en detrimento de otras aptitudes como tener capacidad organizativa, creatividad estética, continuidad en los *viajes*, *contactos* para conseguir recursos o *compromiso* con las tareas cotidianas de la *barra*. Mauro es una síntesis de aquello. Aunque sea portador de un apellido que otorga legitimidad de origen, sus actuales competencias no violentas lo llevan a ser el *referente* del *grupo de los bombos*. Él lo sabe y lo manifiesta: antes la *barra* se ganaba *peleando*, ahora tejiendo *contactos*. El desplazamiento de las *broncas* no solo es espacial y temporal, también es moral y simbólico.

Ahora bien, ya dije que las *peleas* no desaparecen, solo se reconfiguran. Los *enfrentamientos* son entre facciones internas,

organización y monopolización territorial de la tercera generación, dan lugar a una vinculación cada vez más aceptada de *Los Piratas* con otros mercados informales o ilegalizados—armas, drogas, autopartes—en el que la violencia puede ser un recurso legítimo para dirimir conflictos.

afuera y lejos de los estadios. Por ende, se sigue necesitando gente que *pelee*. Allí esta Javier. Amante de todo lo que huele a *la vieja escuela*. No es que Mauro no *pelee* o que Javier no *cuelgue un trapo*. Ambos lo hacen. Lo que digo es que hay una reputación construida y una imagen autoproyectada donde, en uno y otro caso, hay competencias más resaltadas que otras en una era donde el peso del *pelear* es ambivalente.

Por cuestiones de espacio y a modo de síntesis he optado por el siguiente cuadro a la hora de resumir las tendencias o procesos inherentes a la experiencia de *pelear* que *Los Piratas* vienen protagonizando desde 1968 hasta la llegada de la pandemia.

Generación Dinámica de las <i>peleas</i>	Primera generación (1968- 1984)	Segunda generación (1984- 2008)	Tercera generación (2008- 2020)	Procesos o tendencias
Espacios y temporalidad de las peleas	Estadios y adyacencias durante los días de partido	Estadios y adyacencias. Viajes o traslados a <i>la cancha</i> en los días de partido	Ámbitos privados fuera de los estadios y ajenos a los días de partido	Progresiva "privatización" de la violencia y "pacificación" de los estadios en relación a las <i>peleas</i> .
Alteridades	Hinchas de otras provincias o ciudades y policía. Pocas	Clásicos rivales, otras <i>barras</i> "enemigas" definidas por el síndrome de beduino y policía.	<i>Peleas</i> internas y policía. Pocos enfrentamientos contra <i>barras</i> de equipos rivales	Creciente "proximidad" con los contrincantes. Relación inversamente proporcional entre

	<i>peleas</i> internas	Aumento de <i>peleas</i> internas		alteridades de equipos diferentes y otredades internas. La policía como alteridad permanente
Medios empleados	Propio cuerpo y armas blancas	Propio cuerpo, armas blancas y armas de fuego	Propio cuerpo, armas blancas y armas de fuego	Incremento de la violencia altamente lesiva
Estrategia de legitimación	"Señores vs bestias"; "hombres vs ratas"	"Aguate vs no aguate"; "barderos vs no barderos"; "machos vs putos"	"familia vs ratas"; "machos vs putos"	Polarización bélica basada en la desmasculinización y animalización de la otredad. Dimensión afectiva y sensual de las <i>peleas</i> como constante.
Mecanismos para dirimir conflictos y liderazgos internos	Mecanismos burocráticos e informales	Mecanismos informales	Mecanismos informales	Paulatino desdibujamiento de criterios burocráticos-legales y preeminencia de mecanismos informales (entre ellos <i>pelea</i>)
Estructura organizativa	<i>Presidente, vice, comisión directiva y filiales</i> divididas por barrios, parentesco,	Barra acéfala. archipiélago de <i>bandas</i> y subdivisiones internas en <i>grupos</i> organizados por barrios,	Monopolización de una <i>facción</i> con autoridad unipersonal. <i>Primera línea</i> y subdivisión en <i>grupos</i> divididos	Estructuración de un organigrama vertical y segmentario organizado por lealtades personales,

	amistad o líderes menores	parentesco, amistad o <i>referentes</i> menores	por barrios, parentesco, amistad y <i>referentes</i>	parentesco, amistad y pertenencias territoriales
Peso relativo del pelear	Periférico	Central	Ambivalente	Sedimentación y ajuste en la experiencia del <i>pelear</i>

Saber, vivencia y testimonio: la violencia como experiencia

A lo largo de mi trabajo he abordado al *pelear* como una experiencia. La potencialidad analítica de aquella elección la encuentro en las palabras vertidas por Rosana Guber en su estudio etnográfico con los varones que integraron los dos escuadrones del Grupo 5 de Caza de la V Brigada de la Fuerza Aérea Argentina durante la guerra de Malvinas: "En nuestra habla corriente la noción de 'experiencia' suele usarse en tres sentidos casi indistintamente: como saber, como vivencia en primera persona del singular o del plural y como testimonio o prueba. En todos los casos el término lleva el sello de la singularidad (la de quien/es lo ha/n vivido o aprendido). Estas acepciones comparten una relación ambigua con el pasado sabido/vivido: aunque ese pasado concluyó, eso que llamamos 'experiencia' continua en el presente" (Guber, 2016: 37).

Pelear es una experiencia que liga y separa generaciones. Es un saber, una vivencia y un testimonio que construye puentes doble mano entre “el pasado” y el “presente”. Es una competencia aprendida y transmitida que sirve para jerarquizar iguales e identificar diferentes. Distingue entre aquellos que saben *pelear* y los que no. Como todo saber, esta desigualmente distribuido. No todos *Los Piratas pelean* pero los que lo hacen se destacan. Cambian los medios empleados, las alteridades, los criterios de legitimación y hasta el peso que dicha experiencia tiene a la hora de estratificar, inclusive hay *peleas* repudiadas—como golpear entre muchos a un adversario ya derrotado—pero no por sus excepciones o intermitencias desaparece como experiencia grupalmente valorada. Beto, un barra experimentado me lo supo resumir categóricamente: *en la barra prima una máxima: con la fuerza del argumento o el argumento de la fuerza*. Dentro del acervo de conocimientos que toda *barra* construye, *pelear* siempre está en el horizonte de lo posible.

Pelear también es una vivencia intensamente corporal donde se ponen en juego moralidades y sensualidades construidas socialmente que no siempre son reducibles a un déficit o cálculo instrumental. No todo está racionalmente premeditado ni es accesible a una conciencia discursiva. Claro que a veces hay ganancias contables en bienes, dinero o aplausos. Otras tantas, simplemente hay un arrebatado de miedo, diversión o excitación. Un escamoteo al aburrimiento cotidiano o un paréntesis a la redundancia del tiempo. *Pelear* es una experiencia cuyas razones están, muchas veces, más allá de las capitalizaciones posteriores—la búsqueda de respeto o las ganancias económicas—y más acá de la fenomenología misma del acto.

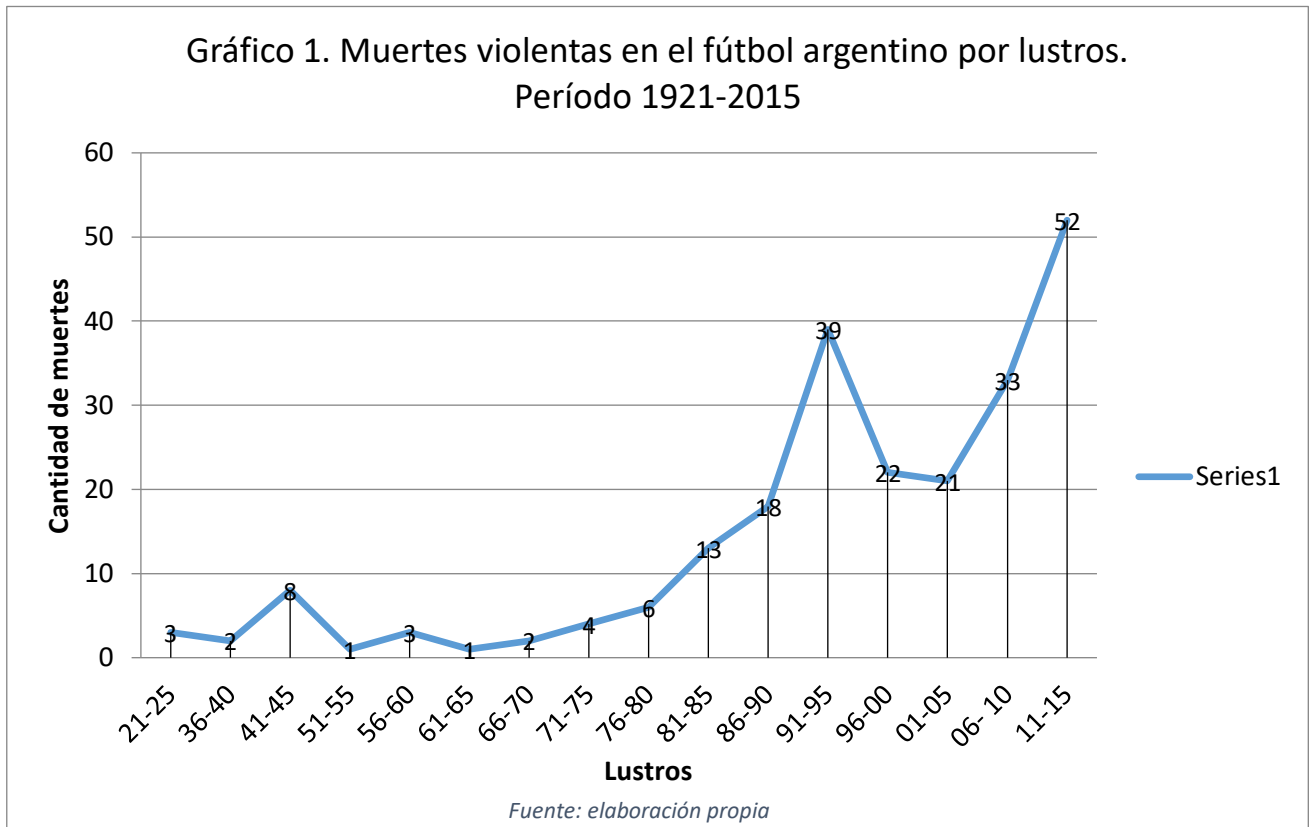
Recuperar a Katz (1988) y su dimensión experiencial de la transgresión lleva a “suspender” las causas profundas y últimas del *pelear* para detenerse en la superficie de muchos testimonios escuchados donde lo subrayado pasa por lo sentido durante lo vivido. No siempre se persiguen utilitariamente fines de mediano o largo plazo, a veces hay satisfacciones instantáneas con picos emocionales intensos. Pensemos en *las broncas del momento* del Polaco, el *bardo* de Carlos o la *felicidad* de Javier durante los incidentes en Santa Fe. *Pelearse* no solo es posible, también puede ser deseable.

Finalmente, cabe decir que *pelear* también es un testimonio que se aprueba con pruebas. Hay anécdotas que se alimentan de imágenes, cicatrices, noticias, canciones o testigos siempre al alcance de la mano. Recordemos las consecuencias que tiene para Carlos su *cartel* por lo ocurrido en Tucumán; o cuando Javier habla de las *fotos* donde se lo ve *combatiendo* contra la policía; o las canciones que, colectivamente cantadas, recuerdan *peleas* donde *Los Piratas* se narran, obviamente, como victoriosos peleadores. La experiencia de *pelear*, como toda violencia, necesita de tres partes: la “víctima”, el “victimario” y el “testigo” (Riches, 1988). Porque la violencia siempre es una relación social intersubjetivamente construida. Testimoniarla, en el caso de las *barras*, resulta vital: hay que demostrar que lo dicho por la boca, se sostiene con el cuerpo, de lo contrario se cae en el *chamuyo*. No en vano, en las *barras*, se nombra a las *peleas* a partir de una retórica meramente corporal: *pararse, ir al frente, no correr, aguantar*. Son los cuerpos quienes, en última instancia, constituyen el soporte material de la experiencia *pelear*.

Esta noción de experiencia como saber, vivencia y prueba, invita a pensar al *pelear*—y por tiro de elevación a la violencia—como sedimentación y ajuste; como dimensión constitutiva de historias personales y colectivas susceptibles de ser comparadas sincrónica y diacrónicamente. En pocas palabras: *pelear* es una vivencia fundamental para entender el continuo proceso de formación de *Los Piratas* y las diversas maneras en las que sus miembros se involucran. Muestra cómo se hace una *barra* a través de lo que hacen los *barras*. Podemos decir que *pelear* es, entre *Los Piratas*, una “experiencia común, aunque no necesariamente es una experiencia compartida entre ellos” (Segura, 2015: 70). Hay modos de ver, hacer y sentir que persisten en el espacio y en el tiempo. En paralelo hay variabilidad en las vivencias que cada *barra* despliega en los distintos escenarios por los que se mueve. La *barra pelea* entre lo articulado históricamente y lo vivido subjetivamente. El *pelear* muestra que, si hablamos de violencias, hay cambios dentro de la continuidad.

Resta inquirirnos sobre el porqué de semejante perpetuidad. Para responder un interrogante tan complejo y con poco espacio disponible, trataré de sintetizar algunos argumentos a partir de dos conceptos del sociólogo brasileño Michel Misse. Creo que la persistencia que el *pelear* tiene en *Los Piratas*—y en casi todas las *barras* argentinas—se explica, en parte, por la “acumulación social de la violencia” (Misse, 2010) que reina en nuestro fútbol argentino. Dicho autor acuñó aquella idea para describir un proceso de largo aliento en la ciudad de Rio de Janeiro caracterizado por un “círculo vicioso de factores que se retroalimentan de forma acumulativa” (*Ibidem.*: 21) dejando una espiral de violencia con creciente lesividad y letalidad. Si

tomamos distintos estudios vinculados a la “violencia en el fútbol” (Murzi, Uliana y Sustas, 2011; Cabrera, 2018) vemos un proceso similar: una violencia de larga data con creciente poder de letalidad.



Pese a las limitaciones que tiene el gráfico propuesto¹⁶ creo que evidencia la acumulación social de la violencia en el fútbol argentino.

¹⁶ Es necesario explicitar las limitaciones de los datos ya que, como todo relevamiento cuantitativo sobre violencia o criminalidad, padecen el síndrome de la “cifra negra” y el “carácter manufacturado” de su registro (Sozzo 2002). En este caso en particular, las precauciones deben redoblararse ya que se trata de un relevamiento hecho por la ONG “Salvemos al fútbol” a partir de la cobertura mediática de

No en vano estamos entre los países que más muertos amontonan vinculados a contextos futbolísticos¹⁷. Esta particularidad del caso argentino no solo se debe a la perpetuidad temporal de la violencia, sino también a su legitimidad entre los actores. Dicho de manera rápido y fácil: no solo nos *peleamos* hace mucho tiempo, sino que lo hacemos entre todos. Hay una extensísima biblioteca que muestra contundentemente como policías, jugadores, dirigentes, hinchas comunes y periodistas, producen y reproducen una violencia estructural (Branz *et al.*, 2020). De hecho, ni el *aguante*, ni el *bardo*, ni el machismo, ni la animalización de la otredad son patrimonio exclusivo de los muchachos del “para-avalancha”. Lo que quiero decir es que, en parte, la sedimentación de la experiencia del *pelear* en *Los Piratas* se explica por tendencias más amplias propias de un fútbol argentino particular y endémicamente violento. Una dinámica macro que, en el mismo movimiento, incluye y excede a las *barras*.

Ahora bien, estos colectivos no son un actor más en las narrativas del fútbol argentino. Desde que la prensa gráfica de la década del veinte del siglo pasado inventó el término “barra brava” (Frydenberg, 2011), estos grupos han sido los depositarios de todos los males de

los hechos. Para ver la base de datos completa ingresar a <http://salvemosalfutbol.org/lista-de-victimas-de-incidentes-de-violencia-en-el-futbol/>.

¹⁷ Según la ONG “Salvemos al fútbol” Argentina tiene 339 víctimas fatales vinculadas a contextos futbolísticos. Tal cifra nos posiciona como el fútbol más letal de la región. Un dato que relativiza la idea de que la violencia en el fútbol “refleja” automáticamente la violencia social. Si tomamos las tasas de homicidios como indicador de la violencia de una sociedad vemos que, por ejemplo, Brasil (30,5), Colombia (24,9) y México (24,8) son países entre seis y cuatro veces más violentos que la Argentina (5,2) según el informe global de la ONU 2017 sobre homicidios. No obstante, sus muertos vinculados a este deporte son muy bajos en comparación con nuestro país. La Argentina, pese a tener bajos indicadores de “violencia social” en términos relativos, tiene las peores estadísticas en lo que respecta a la “violencia en el fútbol”. Entre aquella violencia “de afuera” del fútbol y la de “adentro” queda claro que existe una relación, no una determinación. Argentina, comparativamente, no es una sociedad muy violenta pero su fútbol sí.

nuestro fútbol. Por diversos discursos—periodísticos, policiales, políticos, culturales y hasta académicos—han sido construidos sobre un “pánico moral” que las define siempre desde las violencias (Cabrera, 2019). Hay un vicio de origen en la invención de las “barras bravas” que se ha traducido en una marca perene y duradera. Sobre las *barras* argentinas pesa—y de nuevo volvemos a Misse—un proceso de “sujeción criminal”. El sociólogo brasileño refiere al “proceso social a través del cual son seleccionados preventivamente los supuestos sujetos que compondrán un tipo social cuyo carácter es socialmente considerado como “propenso a cometer un delito” (Misse, 2010: 21). La sujeción criminal es más que el estigma porque va más allá del etiquetamiento y la identificación social desacreditada. La sujeción criminal, en primer lugar, “logra la coalición plena del evento con su autor” (*Ibidem.*: 34) identificando sujeto y acto con criterio de exclusividad. Es decir, al mismo tiempo que reduce todas las violencias a las *barras*, exime de dicha práctica al resto de los actores. Y, en segundo lugar, explica un proceso de subjetivación basado en la internalización del crimen por parte de los sujetos imputados. En otras palabras, esos estereotipos tienen efectos de realidad en los propios etiquetados. Al decir de Elias: “dale a un grupo un nombre malo, y vivirá según él” (Elias, 1998: 101). No se trata de ver en *las barras* idiotas normativos que siguen al pie de la letra lo que la sociedad dice de ellos; pero sin duda, gran parte de lo que la sociedad definió como real en ellos, ha sido verdadero en sus consecuencias.

Comentarios finales

El trabajo expuesto buscó arrojar luz al debate en torno al fenómeno de “la violencia” en general y las *peleas* de las “barras bravas” argentinas vinculadas al fútbol masculino en particular. Para ello propuse problematizar la experiencia del *pelear* en la *barra* del Club Atlético Belgrano de Córdoba a partir de una comparación diacrónica y sincrónica entre tres modos generacionales de dicho colectivo. Se cotejó las dinámicas del *pelear*—espacio y temporalidades, alteridades y medios empleados—las estrategias de legitimación, la estructura organizativa de *Los Piratas* y el peso relativo que las *peleas* tenía según cada momento histórico. Tal recorrido nos llevó a definir al *pelear* como una experiencia, es decir, como saber, una vivencia y un testimonio fuertemente sedimentado, pero con importantes grados de variabilidad. Hablamos de un tipo de violencia que expone cambios dentro de la continuidad.

También dije que la evidente perdurabilidad que el *pelear* tiene entre *Los Piratas* se explica, en parte, por la “acumulación social de la violencia” (Misse, 2010) que reina en nuestro fútbol argentino; y, en parte, por el proceso de “sujeción criminal” (*ídem.*) que ha construido a dichos colectivos. Una etiqueta que ya se ha vuelto a piel. Un estigma devenido estima. Raymond Williams, citado por Ramiro Segura, sostiene que “la persistencia indica alguna necesidad permanente” (Segura, 2015: 71). Me animo a decir que *Los Piratas* encuentran en el *pelear* una respuesta socialmente construida al imperativo que tiene todo grupo humano de experimentar límites. Fronteras que remiten a sentimientos y clasificaciones, flujos y

confines, identificaciones y alteridades, alianzas y enemistades que posibilitan la formación de un grupo. Claro que no se trata de la única experiencia por la que los *piratas* se hacen. Al *pelear* hay que pensarlo relacionadamente con el *alentar*, *laburar*, *viajar*, *organizar*, etc. (Cabrera, 2019).

Frederik Barth (1976) mostró que, más que grupos, hay construcciones de grupos. En su análisis de las relaciones interétnicas, sostuvo que los límites a partir de los cuales se formaban dos colectivos distintos, no se debían a la ausencia de interacción entre los mismos. Todo lo contrario. Es en la "estructura de interacción" (Barth, 1976) entre grupos diferentes donde esos límites se experimentan y, por ende, donde los grupos se reconocen como tales al mismo tiempo que se distinguen de sus alteridades. Con *trompadas*, *puntazos* o *tiros*, *Los Piratas* experimentan límites que unen, separan y jerarquizan. Experimentan vivencias vívidas que, entre lo articulado y lo vivido, les permiten existir.

Referencias

Alabarces, P.: *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*, Buenos Aires: Capital Intelectual, 2004.

Alabarces, P.; Garriga Zucal, J. y Moreira, V.: "El aguante y las hinchadas argentinas: una relación violenta", *Horizontes Antropológicos*, 14(30), 2009, 113-136.

Archetti, E.: *Monografías e informes de investigación: Series de investigación*, Buenos Aires: FLACSO, 1985.

Barth, F.: "O guru e o iniciador: transações de conhecimento y modalgem da cultura no sudestede Ásia e na Melanésia", en: Lask, Tomke (org.): *O guru, o iniciador e outras variações antropológicas*, Rio de Janeiro: Contracapa, 2000.

Barth, F.: *Introducción a Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*, México: FCE, 1976.

Bermúdez, N.: "'De morir como perros' a 'me pinto solo cuatro uñas'. Una mirada antropológica sobre crueldad, moralidad y política en muertes vinculadas a la violencia institucional en Córdoba (Argentina)", *Revista Publicar en Antropología y Ciencias sociales*, XIV (XX), 2016, 9-27.

Branz, J., Cabrera, N., Garriga Zucal, J., Moreira, V., Murzi, D., Rosa, S. y Szlifman, J.: "Violencias en el fútbol argentino: claves para pensar su deconstrucción", *Debates En Sociología*, 51, 2020, 77-95.

Burgat, F.: "La logique de la légitimation de la violence: animalité vs humanité", en: Héritier, F. (comp.): *Séminaire de Françoise Héritier: de la Violence*, Paris: Odile Jacob, 1996.

Cabrera, N.: "Un quiebre en el campo: apuntes epistemológicos y ético-metodológicos para el abordaje etnográfico en contextos de violencia(s)", *Cuadernos de Antropología Social*, 46, 2017, 49-66.

Cabrera, N.: "Violencia, estigma y desplazamientos: la reconfiguración social y moral de Los Piratas en clave procesual", *Antipodas. Revista de Antropología y Arqueología*, 30, 2018, 129-150.

Cabrera, N.: *Que la cuenten como quieran: una etnografía sobre el devenir barra*, Tesis de Doctorado, FFyH. Córdoba: Programa en Ciencias Antropológicas-UNC, 2019.

Cozzi, E.: *De clanes, juntas y broncas. Primeras aproximaciones a una explicación «plenamente social» de la violencia altamente lesiva y su control, entre grupos de jóvenes de sectores populares, en dos barrios de la ciudad de Santa Fe*, Tesis de Maestría en Criminología, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Santa Fe: Mimeo, Universidad Nacional del Litoral, 2013.

Cozzi, E.: "'Nosotros éramos una cooperativa de distribución': Algunas transformaciones en el mercado de drogas ilegalizadas en un barrio popular de Rosario, del cuenta-propismo a una comercialización a mayor escala", *Dilemas*, 13, 2020, 463-484.

D'Angelo, N.: "La nueva conflictividad de las barras bravas en Argentina: una lectura a la luz de la teoría de redes", *Revista de investigación social*, VIII (13), 2011, 55-75.

Dunning, E., Murphy, P. y Williams, J.: "La violencia de los espectadores en los partidos de fútbol: hacia una explicación sociológica", en Elias, N. y Dunning, E.: *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, México: FCE, 1995, 295-322.

Elias, N.: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Buenos Aires: FCE, 1993.

Elias, N.: "Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados", en: Elias, N.: *La civilización de los padres y otros ensayos*, Santa Fe de Bogotá: Norma, 1998.

Ferrel, J.: "Aburrimiento, crimen y criminología", *Delito y Sociedad*, 29, 2010, 7-20.

Garriga Zucal, J. y Moreira, V.: "El aguante: Hinchadas de fútbol entre la pasión y la violencia", en: Míguez, D. y Semán, P. (comps): *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*, Buenos Aires: Biblos, 2006, 55-74.

Farías, G. *Enciclopedia viejo y glorioso Belgrano*, Córdoba: La Voz del Interior, 2015.

Garriga Zucal, J. y Noel, G.: "Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso", *Publicar en Antropología y en Ciencias Sociales*, IX, 2010, 101-126.

Garriga Zucal, J.: *Haciendo amigos a las piñas: violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*, Buenos Aires: Prometeo, 2007.

Geertz, C.: *La interpretación de las culturas*, Barcelona: Gedisa, 2006.

Gil, G.: *Hinchas en tránsito: violencia, memoria e identidad en una hinchada de un club del interior*, Mar del Plata: EUEM, 2007.

Ginzburg, C.: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona: Península, 2001.

Guber, R.: *Experiencia de Halcón*, Buenos Aires: Sudamericana, 2016.

Hayward, K. y Young, J.: "Algunas notas sobre la criminología cultural", *Delito y Sociedad*, 47, 2019, 9-23.

Katz, J.: *Seductions of Crime: Moral and Sensual Attractions in Doing Evil*, Nueva York: Basic Books, 1988.

Kessler, G.: *Sociología del delito amateur*, Buenos Aires: Paidós, 2010.

Kessler, G.: "Illegalismo en tres tiempos", en: Castel, R., Kessler, G., Merklen, D. y Murad, N. (eds.): *Individuación, precariedad, inseguridad ¿Desinstitucionalización del presente?*, Buenos Aires: Paidós, 2013, 109-166.

Mauger, G.: "'Modos de generación' de las generaciones sociales", *Revista Sociología Histórica*, 2, 2013, 111-130

Moreira, V.: "Trofeos de guerra y hombres de honor", en: Alabarces, P. (et al.): *Hinchadas*, Buenos Aires: Prometeo, 2005, 75-90.

Murzi, D., Uliana, S. y Sustas, S.: "El Fútbol de luto. Análisis de los factores de muerte y violencia en el fútbol argentino", en: Godio, M. y Uliana, S. (comps.): *Fútbol y sociedad. Prácticas locales e imaginarios globales*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2011, 175-196.

Portelli, A.: "Lo que hace diferente a la Historia Oral. Recuerdos que llevan a teorías", en: Schwarzsten, D. (comp.): *La Historia Oral*, Buenos Aires: CEAL, 1991.

Riches, D.: *El fenómeno de la violencia*, Madrid: Pirámide, 1998.

Saín, M. y Rodríguez Games, N.: "Los actores y la seguridad en el fútbol. Una lectura desde Argentina", en: Carrión, M. y Rodríguez, M. (orgs.): *Luchas urbanas alrededor del fútbol*, Buenos Aires: Café de las Ciudades, 2014.

Segato, R.: *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*, Buenos Aires: Tinta Limón, 2013.

Segura, R.: *Vivir Afuera: antropología de la experiencia urbana*, San Martín: Universidad Nacional de San Martín, 2015.

Sozzo, M.: "Pintando con números. Fuentes estadísticas de conocimiento y gobierno democrático de la cuestión criminal en la Argentina", *Anuario de Ejecución Penal*, I(1), 2002, 85-138.